

Anexos: Materiales del Área de Agroecología del Movimiento contra la Globalización, la Europa del Capital y la Guerra



LA GARBANCITA
ECOLÓGICA

¿Qué es la globalización?

La globalización es la extensión y la consolidación del modo de producción capitalista, que no sólo es un modo de producción económico sino que es un modo de producción social, es decir, político, cultural, psíquico y hasta físico-corporal. Se globaliza la subordinación de las determinaciones sociales, humanas y naturales al ciclo de producción y reproducción del Capital. Se universaliza la forma “mercancía” y se reduce la política a la creación de las condiciones materiales y culturales que posibiliten el ciclo del capital.

El equivalente en castellano al término globalización es mundialización. Ambos términos significan la expansión de las relaciones económicas mercantiles a escala planetaria. Sin embargo, tras la apariencia de progreso mediante el comercio y la interdependencia de los países, se oculta una realidad de dominación y aumento de la desigualdad en beneficio de los más fuertes. Aunque un comercio internacional intenso es anterior al siglo XX, la mayor parte de los intercambios internacionales, en el siglo pasado y en la primera parte del actual, se producían entre las metrópolis y sus colonias. La globalización a la que nos referimos, comienza hace poco más de 50 años, tras la Segunda Guerra Mundial y está marcada por el proceso de descolonización, la apertura de los mercados de la periferia al comercio internacional y la creación de estructuras políticas especializadas en impulsar este proceso. La construcción europea se enmarca en esta dinámica.

En 1945, los EE.UU. emergieron como la nueva potencia hegemónica en occidente, no sólo en el terreno militar sino también en el económico y el cultural. La continuación del proceso de acumulación de los grandes capitales norteamericanos requería operar en escenarios más amplios que sus propias fronteras y sus áreas tradicionales de influencia. Las instituciones creadas en 1944 en Bretton Woods, perseguían establecer un nuevo orden internacional en un mundo bipolar, disputándose EEUU la hegemonía con la Unión Soviética. El Fondo Monetario Internacional (FMI), tuvo y tiene como tarea asegurar la solvencia y la estabilidad monetaria que requiere la movilidad de capitales; el Banco Mundial (BM) proveer la financiación necesaria para la modernización capitalista de los países subdesarrollados y el GATT (Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio: Organización Mundial de Comercio -OMC-desde 1995), impulsar los intercambios comerciales internacionales. La reconstrucción europea fue financiada, no solo por estas instituciones sino, sobre todo, por un programa especial estadounidense llamado Plan Marshall. El proceso de unificación europea comenzó en 1948 con la Europa del Carbón y el Acero (CECA) y se consolidó con el Tratado de Roma de 1957 que inauguró la Europa de los seis. En un principio, no perseguía tanto el incremento de la presencia

Europea en el comercio mundial, como la modernización de las economías de Europa en base a la apertura de los intercambios mutuos. Se buscaba en esta fase favorecer el crecimiento de las grandes corporaciones de los países europeos aumentando su espacio de operación, más allá de las reducidas dimensiones de cada estado.

Más allá de la retórica con la que se presentó, este proyecto estaba asociado al enfrentamiento de bloques en el marco de la Guerra Fría. Supuso el intento de unificación de uno de los dos bloques enfrentados, construyendo sus instituciones económicas y políticas, la Comunidad Económica Europea (CEE), paralelamente a las militares (OTAN). La construcción europea supuso en esta etapa un proceso de autocolonización, dinamizado por los grandes capitales. Se produjo una disminución de la población rural al industrializarse la producción agroalimentaria. Esta dinámica favoreció, por un lado, el suministro de mano de obra a la industria y los servicios, y por otro, la amenaza sobre la pequeña producción agraria que contaba con un grado de autosuficiencia alto; estos espacios productivos y comerciales fueron ocupados por los grandes mercados y los contingentes humanos desplazados se vieron obligados a depender para su empleo y su consumo de dichos grandes mercados¹.

Imperialismo y globalización

La globalización no es toda una. Está regida por la competencia entre capitales cuya forma principal, hoy, es la existencia de bloques capitalistas regionales liderados, hasta hace una década, por EE.UU., Japón y la Unión Europea, con la aparición de potencias emergentes como China y la India. EE.UU. el principal impulsor y beneficiario de la globalización económica capitalista, mantiene una relación contradictoria con los otros dos bloques; pero este hecho no debe llevarse al extremo de apoyar nuestro capitalismo regional, la UE, cuya máxima expresión es la moneda única, como forma de oposición a la hegemonía de EE.UU.

Las políticas monetaristas que han posibilitado la moneda única, el euro, comparten todos los rasgos de la globalización capitalista descritos más arriba. La diferencia entre EE.UU. y la UE radica en el entorno político social al que debe adaptarse. No hay posibilidad de universalizar la forma mercancía en Europa sin debilitar la protección social y la capacidad negociadora de las organizaciones de izquierda. La globalización capitalista en nuestro entorno sociopolítico consiste en impulsar el proceso de precarización, privatización y desregulación modulando, hasta ahora, los ritmos para garantizar su continuidad. La izquierda mayoritaria cumple el

¹ Extraído de A. Morán. "Cap. I Globalización. Moneda única. Consecuencias". Pags-21-23. en VV.AA. El movimiento antiglobalización en su laberinto: entre la nube de mosquitos y la izquierda parlamentaria. Ed. La Catarata-CAES, 2.003. (en adelante EI MAG).

papel de ralentizar y, al tiempo, legitimar este proceso. En esa acción, ella misma se legitima frente al poder económico y se deslegitima frente a las clases populares. Esto contribuye a la deslegitimación de la democracia. Las políticas de ajuste que EE.UU. impone a los países pobres, a través del FMI y el BM, no las aplica en su propio caso. Desde hace más de 20 años EE.UU. es deudor frente al resto del mundo. El país más rico, el que dicta las normas de estabilidad y solvencia económicas al resto del mundo, el que ha impuesto su moneda como referencia y medio de pago internacional, es el más endeudado y el que vive más por encima de sus posibilidades, el más insolvente. Si sus acreedores le exigieran el pago de sus deudas, EE.UU. no podría pagar.

Este abuso se basa en su potencia económica y su liderazgo político y militar. EE.UU. es el principal impulsor y beneficiario de la globalización. En las relaciones internacionales, la única ley que respeta es su propia ley. La noción de imperialismo refleja esta hegemonía real de EE.UU. en sus contradicciones con otros bloques capitalistas, con otros estados y con otros pueblos. En este sentido, es el peligro principal. Sin embargo, la globalización consiste, sobre todo, en la universalización de la forma mercancía, en la subordinación del trabajo, la cooperación social, la actividad y la naturaleza al proceso de valorización del capital. Impedir la globalización es impedir esta cadena de subordinaciones allí donde se producen. Si EE.UU. es el enemigo principal, podemos sentir la tentación de aplicar una vieja receta: “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”. Sobre este paradigma se ha edificado la política internacional de la “Guerra Fría con resultados poco presentables tanto política como éticamente. Podemos llegar a defender a un político, aunque sea un genocida y un dictador, solo porque se enfrenta a los EE.UU. Podemos acabar impulsando un euro fuerte o apoyando a la OTAN, como límites del poder económico y militar de EEUU².

Agricultura industrial

La adopción por parte de la agricultura de los parámetros de la industria comienza con el despliegue industrial en el siglo XIX. Pero se suele identificar la industrialización de la agricultura, entendida falazmente como “modernización”, con el momento en que se empiezan a utilizar semillas híbridas y agroquímicos³, como si fuera el rasgo definitorio y fundante de la agricultura industrial. Por eso, habitualmente se denomina agricultura química a la agricultura industrial. Entre otras razones, porque se visualiza mejor su asimilación a dicha lógica y por el impulso que recibe, desde los años 50, de instituciones y políticas internacionales, para el despliegue de

² Extraído Cap. I de “Globalización. Moneda única. Consecuencias”. Pags-24-25. en VV.AA. El MAG op. cit.

³ La secuencia cronológica es la siguiente: a partir de 1930 en los países punteros, desde 1950 en Europa y desde 1970 en el resto del mundo.

sus propios fines. El FMI y el BM condicionan los créditos al desarrollo a unos planes de ajuste estructural que exigen la “modernización” del campo y de la agricultura y su incorporación al comercio internacional. Este fomento forzado de la industrialización de la agricultura y la alimentación con el objetivo de ampliar y profundizar el mercado global alimentario, considerado inevitable y bueno para los países empobrecidos, en la UE se había iniciado con la PAC⁴ que reducía, entonces y ahora, las políticas agrarias a las ayudas para dirigir la producción agroalimentaria a la modernización y al mercado mundial, condicionándolas a la penetración de los agroquímicos y otros desarrollos tecnológicos.

Las transformaciones en la agricultura y ganadería orientándose al mercado, urbano en primera instancia y global después, han perseguido el incremento del rendimiento (volumen producido por hectárea o animal) y de la productividad (volumen producido por unidad de trabajo), desconsiderando las desventajas para agricultor@s y trabajador@s agrícolas⁵ más allá del beneficio económico inmediato para l@s primer@s. Los resultados han sido: a) agotamiento y contaminación de la tierra, del agua, de las semillas y de los animales; b) eliminación de trabajo en el campo y emigración forzosa a la ciudad; c) acaparamiento de la tierra en menos propietarios; d) necesidad cada vez mayor de capital y tierra para obtener el mismo resultado económico y por tanto, ruina y subsiguiente emigración de l@s pequeñ@s agricultor@s; e) pérdida del control sobre las consecuencias de la incorporación de las tecnologías y métodos industriales en la producción agraria y en el ecosistema; y d) nuevos problemas o agravamiento de los anteriores, que aumentan la dependencia y el gasto en soluciones tecnológicas en manos de las industrias productoras de semillas, maquinaria, fertilizantes, fitosanitarios, etc.

“La agricultura industrializada podría definirse como aquella forma de manejo de los recursos naturales que genera un proceso de artificialización de los ecosistemas en el que el Capital realiza apropiaciones parciales y sucesivas de los distintos procesos de trabajo campesino, para incorporarlos después al manejo, como factores de producción artificializados industrialmente, o como medios de producción mercantilizados. (...) Para el sistema capitalista la agricultura ha de ser considerada al igual que la industria, como un negocio y por lo tanto, ha de seguir los “esquemas racionales” que el negocio de la industria ha seguido: la empresa industrial y la empresa agraria constituyen dos momentos en el proceso de mercantilización que la lógica del lucro introduce en los procesos

⁴ PAC: Política Agraria Común, que se inicia en 1958 con el desarrollo de los objetivos que para la producción de alimentos fija el Tratado de Roma, entonces para los 6 países miembros de la CEE: Bélgica, Francia, Holanda, Italia, Luxemburgo y República Federal de Alemania.

⁵ El aumento de rendimientos y productividad no ha tenido ningún beneficio para l@s jornal@s y trabajador@s del campo. Al contrario, en una situación de amplias capas de campesin@s sin tierras, son ellos los que contribuyen al ahorro de costes de la modernización. La mayor productividad de la tierra o del trabajo significa reducción de peonadas y más trabajo por el mismo salario o por menos, al haber más jornaleros desocupados.

productivos. (...) El desarrollo tecnológico y sus aplicaciones en la economía de las sociedades avanzadas pone de manifiesto un nuevo tipo de racionalidad: la racionalidad científico-técnica y, con ella, la cientificación del hombre y la naturaleza. Ello significa que la agricultura industrializada puede artificializar la naturaleza reproduciéndola a través de la ciencia. (...) La modernización puede conseguir reproducir la naturaleza y volver a crear aquello que con su tecnología científica destruye; destrucción fugaz, ya que no necesita mantener unos mecanismos de reproducción natural desde el momento en que puede, a través de la ciencia, volver a configurar algo que previamente destruye. La ciencia no tiene límites: es el dios de la modernidad y es necesario sacrificar al campesino en sus altares”⁶.

El mayor problema de la agricultura industrial procede de que el único factor que se considera racional es la intensificación de la producción. Las soluciones propuestas son exclusivamente tecnológicas y externalizan los problemas hacia fuera del proceso productivo y hacia el futuro, agravándolos en lugar de resolverlos. Por otro lado, se olvida permanentemente que dicha intensificación no busca resolver las necesidades y los problemas de agricultor@s y trabajador@s del campo y las necesidades alimentarias de la ciudad, sino la articulación de la agricultura con la industria y la dependencia del mercado para suministros y para vender lo producido, con el único afán de obtener beneficios económicos. Las necesidades de las familias rurales, para ser satisfechas, tienen que pasar por el mercado. Las soluciones a sus problemas “técnicos” dependen, cada vez más, del beneficio de la industria agroquímica. Y las nuevas respuestas, en un circuito de dependencia creciente, vienen nuevamente de la industria agroquímica, ahora agro-químico-biotecnológica.

Agricultura intensivo y extensiva en la agricultura industrial

El término agricultura intensiva se emplea habitualmente como sinónimo de agricultura industrial, pero no son lo mismo. El concepto de agricultura intensiva, tiene sentido por oposición a agricultura extensiva como dos estrategias distintas de obtener mayor producción. La agricultura intensiva lo consigue mediante el aumento de la productividad por unidad de superficie. Por el contrario, la agricultura extensiva fía la mayor producción al aumento de la extensión del cultivo, obteniendo la ventaja de la especialización en una única finalidad (por ejemplo las estepas cerealistas) o bien de la alternancia de usos a lo largo del año (la dehesa permite diversos aprovechamientos ganaderos). La huerta es un buen ejemplo de agricultura intensiva.

⁶ Guzmán Casado, G.; González Molina, M. y Sevilla Guzmán, E. (2000) “Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible”. Mundi-Prensa, 2000. pág. 32-36

Tradicionalmente el aumento de la productividad está asociado al suelo y a las condiciones de la tierra sobre la que se cultiva. En la agricultura intensiva el aumento de productividad lo proporcionaban la habilidad, alta dedicación y conocimiento de l@s campesin@s sobre condiciones climatológicas, fertilidad del suelo, adaptación de las semillas, uso del agua y las relaciones entre los distintos factores, mediadas por su propia intervención para potenciar los efectos positivos y amortiguar los negativos en un agroecosistema determinado. Es decir, la mejora de las condiciones naturales dependía sobre todo, de un uso intensivo de trabajo muy cualificado (acumulado en la sabiduría transmitida por sus antepasados). En la agricultura extensiva no es necesario tanto trabajo ni estrategias tan elaboradas, al disponer de una superficie mayor. Terratenientes y campesinos, emplean estrategias distintas. Los primeros a favor de la agricultura extensiva al no tener limitaciones de tierra para cultivar. Los segundos intentan compensar la falta de tierra con su trabajo y precisan una mayor productividad de la misma para devolver en forma de renta a sus propietarios en caso de terrenos arrendados. Ni la agricultura intensiva ni la extensiva tenían, en principio, un empleo elevado de capital.

Con el desarrollo de la agricultura industrial, la consecución de la mayor productividad se desvincula del suelo -incluso en suelos poco fértiles, sobre arena o sin suelo-, persiguiéndose la productividad del cultivo de forma inmediata, en la cosecha actual. La productividad del cultivo no depende de la fertilidad del suelo porque la tecnología va a resolver todos los problemas que limitan el aumento de la productividad.

Se emplean recursos tecnológicos intensivos en capital (semillas mejoradas en laboratorio, fertilización química, plaguicidas, irrigación incluso computerizada, invernadero o protección bajo plástico, etc), quedando relegados los recursos tecnológicos y culturales intensivos en trabajo (semillas seleccionadas de la cosecha anterior, protección de la fertilidad del suelo, asociación beneficiosa de cultivos, rotaciones, etc.).

El rendimiento del cultivo va asociado al aumento de la productividad del trabajo en la doble vertiente de reducción de su cantidad y de la simplificación de la habilidad requerida. El concepto de productividad y de competitividad de la agricultura industrial acaba con la tradicional división entre agricultura intensiva y extensiva, incorporándose en ambas la competitividad y, por tanto, la necesidad de aumentar la productividad a toda costa. La separación de agricultura y ganadería, producto de la agricultura industrial, y el desarrollo de ésta última buscando el máximo beneficio, ha convertido la ganadería semiestabulada e intensiva para autoconsumo de la familia (pollos, gallinas, algún cerdo) en ganadería intensiva industrial. La ganadería intensiva industrial, para poder desarrollarse sin estar asociada a un terreno del que extraer el alimento en la misma finca o fincas colindantes, depende de la agricultura

industrializada y extensiva, de grandes superficies de cereales, soja y plantas forrajeras, localizadas en los lugares donde sea más barata su producción. El crecimiento de esta producción proporciona masivamente la proteína animal barata para elevar el consumo de carne en nuestras dietas.

En los sistemas agrícolas tradicionales, la distinción terminológica entre agricultura extensiva e intensiva está asociada a los terratenientes y los pequeños productores y tiene que ver con la diferente intensidad de trabajo utilizado y con la mayor o menor superficie de la explotación agrícola o ganadera. Sin embargo, una vez que la producción agroalimentaria ha incorporado los paradigmas de la industria, la productividad y la competitividad, “intensiva” y “extensiva” son dos formas de producción sólo aparentemente distintas. Ambas tienen como finalidad común la producción de valores de cambio para el mercado (mercancías) y no de valores de uso para la gente (alimentos sanos y suficientes).

Al seguir empleando dentro de la producción industrial la dicotomía “intensivo-extensivo”, se oculta la lógica de competitividad y productividad que comparten. Al hacerlo, aparecen la agricultura y ganadería intensivas como el genuino resultado de la industrialización de la actividad agraria. Sus consecuencias negativas, también aparecen como el coste necesario para alimentar a una población creciente. El término extensivo, ha dejado de utilizarse para los monocultivos y queda relegado para una agricultura y ganadería tradicional, sólo asequible para grandes propietarios y presentada como el verdadero modelo sostenible de producción.

Agricultura integrada

Posteriormente y con un carácter menos alternativo, aparecen, bajo la expresión “agricultura de bajos inputs externos” diversos intentos de mitigar los daños de la agricultura industrializada en los países empobrecidos. Ante los elevados costes de la importación de tecnologías foráneas que arruinan y envenenan a los campesinos y sus familias, algunas instituciones y organismos internacionales intentan reconducir, en las comunidades locales más deprimidas, las formas de la agricultura industrializada, tanto en la aplicación de tecnologías locales con menor coste, como en la reducción en el uso de plaguicidas, que ya han sido prohibidos en las economías más avanzadas por sus daños probados sobre la salud. Frente a la imposición brutal que caracteriza la Revolución Verde, la agricultura de bajos insumos promueve formas de desarrollo rural participativo.

Una versión adaptada a las sociedades occidentales de esta forma de agricultura es la Agricultura Integrada (o Producción Integrada) que “trata de mitigar el problema ecológico causado por la agricultura industrializada,

sin tener en cuenta la dimensión local, participativa y el problema ético subyacente, reduciendo este enfoque a una simple disminución de insumos”.

La definición de Producción integrada que hace la Organización Internacional para la Lucha Biológica (OILB) es más “ambiciosa” que sus propias prácticas: “La Producción Integrada es un sistema agrícola que produce alimentos y otros productos de alta calidad mediante el empleo de los recursos naturales y mecanismos de regulación para reemplazar los productos contaminantes y asegurar una agricultura sostenible. El énfasis se realiza: a) en una perspectiva de sistemas holística que considere la totalidad de la granja como un todo; b) en el rol central de los agrosistemas; c) en un ciclo balanceado de nutrientes; y d) en el bienestar de todas las especies de la ganadería. Son componentes esenciales, la preservación y el impulso de la fertilidad del suelo, de un medio ambiente diversificado y la observación de criterios éticos y sociales. Los métodos biológicos, técnicos y químicos se sopesan cuidadosamente teniendo en cuenta el medio ambiente, los requerimientos sociales y la obtención de beneficio.” A pesar de sus palabras, en la práctica “la Agricultura Integrada trata de disminuir la contaminación originada por la agricultura industrializada, combinando el uso del control biológico y químico de plagas y optimizando el uso de fertilizantes químicos”⁷.

De hecho la definición que recoge Fertiberia en su página web aludiendo a la concepción de Producción Integrada de la OILB es la siguiente: “La agricultura integrada es un método de producción que prevé la adopción de técnicas compatibles con la conservación del ambiente y la seguridad alimentaria, a través de la minimización del uso de productos químicos de síntesis y del control completo del proceso productivo”⁸.

La normativa de certificación de la producción integrada en España, no responde al contenido de la definición de la OILB. Todo lo que persigue es una racionalización en el uso de productos químicos. En lugar de hacer tratamientos preventivos ante las plagas como hasta ahora, se evalúa su necesidad (lo cual ahorra costes de tratamiento a los agricultores, aunque aumenta los de asesoramiento técnico que en la producción integrada son obligatorios). Sólo se sustituyen los productos químicos más tóxicos cuando las empresas agroquímicas han desarrollado alternativas biológicas o menos tóxicas. No se exige un manejo de la fertilidad del suelo: continúan autorizándose fertilizantes químicos, sin reconducir a una fertilización orgánica, que es opcional. El desarrollo de insectos antagonistas que

⁷ Guzmán Casado, G.; González Molina, M. y Sevilla Guzmán, E. (2000). Op. cit. pág. 64.

⁸ Fertiberia es una empresa radicada en España cuyo negocio es la producción y venta de agroquímicos. Defiende la Producción Integrada como la verdadera agricultura sostenible, precisamente porque sin dejar de usar productos químicos, su alternativa son productos de lucha biológica, también fabricados por las multinacionales agroquímicas, con lo que se acentúa aún más la dependencia de los agricultores respecto a los productos de estas empresas, de su investigación en alternativas y de su asesoramiento para la sustitución de unos productos por otros. Lo que persigue es el control de todo el proceso (producción-transformación), por tanto, que l@s productor@s dependan de sus “remedios”.

mantengan en equilibrio las plagas es sólo una recomendación. Por último, como para evitar la erosión se prohíbe el laboreo, el resultado es un aumento en el uso de herbicidas de amplio espectro, algunos de los cuales se incluyen entre los más tóxicos y peligrosos como el Paraquat⁹. Es decir, la Producción Integrada no elimina los productos químicos peligrosos, ni reduce la dependencia de los agricultores con respecto a las multinacionales y su “asesoramiento técnico”. Sin embargo, la Producción Integrada se está desarrollando en la UE como el “verdadero” camino para llegar a la producción ecológica, siguiendo el dictado de las multinacionales agro-bio-tecnológicas.

La globalización de alimentos. Producción global.

A. Mercantilización de alimentos

En la economía moderna las necesidades humanas adoptan la forma mercantil y se expresan bajo la forma precio. Las necesidades humanas quedan supeditadas a la lógica del mercado. No se produce lo que necesita la población para vivir sino lo que genera beneficio a las empresas.

La producción de alimentos se rige por la misma lógica que cualquier otro mercado. La alimentación, que es una necesidad humana básica, debe generar beneficios (producir plusvalor). Esta dinámica desconsidera todos los límites humanos, sociales, ecológicos, territoriales y culturales. Arruina las pequeñas explotaciones, fuerza a la población rural a abandonar el campo, impulsa la concentración creciente de la población en las ciudades y la expansión del modo de vida urbano y obliga a la gente a contratarse como asalariada en las ciudades y depender del mercado tanto para producir como para consumir.

La economía de mercado exige la desaparición de la producción campesina para el autoconsumo y su racionalidad ecológica en el manejo de los recursos naturales. Esta debe ser sustituida por la racionalidad empresarial. Empresas y sociedades anónimas convierten a la agricultura y la ganadería en procesos industriales para la producción de alimentos en serie.

El incremento del comercio mundial de alimentos impulsado por la OMC y la PAC y suavizado por las subvenciones, ha provocado graves consecuencias sobre las economías y condiciones de vida de agricultor@s, jornalero@s y

⁹ El Paraquat es un herbicida neurotóxico, mortal en caso de intoxicación y sin antídoto conocido. Está incluido en la denominada “Docena Sucia” que es la lista de los agrotóxicos más peligrosos, elaborada por la Red (Internacional) de Alternativas a los Plaguicidas (RAP). Aunque ha sido incluido en el Convenio de Estocolmo de Contaminantes Orgánicos Persistentes (COP) para su eliminación, la UE lo sigue autorizando, tras una polémica revisión que culminó en el año 2003. Ver P. Galindo “La fresa como ejemplo del modelo globalizado de alimentos” en VVAA “¿Qué hace esa fresa en tu mesa?”, nueva edición de VVAA “La Fresa Amarga”. Ed. Atrapasueños, 2006.

campesin@s. El efecto principal de este modelo alimentario, tanto en los países de origen como en los de destino de las mercancías agrarias, es la eliminación de la pequeña producción campesina, reemplazándola por empresas agrarias que concentran la producción y la distribución donde les es más rentable.

B. Producción a gran escala para la exportación

Este modelo de producción, distribución y consumo de alimentos necesita aumentar constantemente su escala. Para ello aplica a la agricultura el paradigma productivista de la industria, separando la agricultura de la ganadería, especializando al agricultor o ganadero en un tipo de producto y dividiendo progresivamente el proceso en unidades productivas cada vez más cortas y especializadas en una función concreta. El ciclo completo de la producción se divide en empresas distintas, incluso radicadas en países distintos. Las multinacionales alimentarias, que cada vez controlan más todo el proceso, de la semilla a la terminal de una gran superficie, aprovechan las ventajas competitivas que encuentran en cada lugar para montar la producción en masa que será distribuida a través de los mercados internacionales.

En el caso de la fresa, la investigación y producción de variedades se desarrolla en California, los semilleros en Valladolid y el cultivo en Huelva (segundo productor mundial de fresa, tras EEUU), en forma de monocultivo a lo largo de 7.000 hectáreas concentradas en unos cuantos municipios¹⁰. En ese proceso la unidad productiva va externalizando funciones que subcontrata o compra. Por ejemplo, la selección de semillas, el empleo de semen e inseminación artificial de su ganado. La recolección, o los acondicionamientos del suelo (desinfección de suelos antes de volver a sembrar por enésima vez el mismo cultivo) acaban siendo funciones que requieren una maquinaria o tecnología de la que no se dispone dentro de la explotación.

El incremento del comercio mundial impulsa la producción industrial de alimentos a gran escala. Las mejoras de productividad y competitividad de la industria agroalimentaria se producen a costa de la calidad nutricional, la destrucción de la naturaleza, la quiebra de las pequeñas explotaciones, y la expulsión de mano de obra rural a las ciudades.

C. Industrialización y aplicación masiva de tecnología en la Agricultura

¹⁰ VVAA "La Fresa Amarga. La situación de los temporeros de la fresa en Huelva. Ed. Atrapasueños. Coeditado por CGT, SOC, SU y Acsur-Las Segovias, Sevilla 2004.

La agricultura industrial busca aumentar el rendimiento (cantidad de producto por hectárea o animal) y de la productividad (volumen de producción por unidad de trabajo). Para conseguirlo, promueve un alto empleo de tecnología (maquinaria, irrigación, semillas y razas híbridas, inseminación artificial, clonación, transgénicos, fertilización química y productos químicos para la lucha contra las plagas y enfermedades de los monocultivos, antibióticos y hormonas para el engorde de los animales). Este modelo alimentario considera ineficientes, en términos de beneficio económico inmediato, las formas tradicionales de la agricultura de cada zona y los conocimientos campesinos tradicionales. Dichos conocimientos, asociados al manejo de suelos, agua, semillas, cultivos, ganadería y bosques de cada territorio y cultura, son despreciados a pesar de que resuelven mejor los problemas de manejo de recursos naturales, eficiencia energética, equilibrio ecológico y territorial y proporcionan mayor seguridad y soberanía alimentarias a las poblaciones locales. El uso de productos químicos en abonos y tratamientos para “resolver” problemas diversos de los cultivos y el ganado, es un rasgo fundamental de la producción industrial de alimentos que ha introducido a la agricultura en la lógica industrial, haciendo cada vez más dependientes a los agricultores y ganaderos de los desarrollos tecnológicos y del capital necesario para implementarlos.

Las habilidades del agricultor/a y su conocimiento de la naturaleza han sido sustituidos por la producción en serie. Dicha producción se ha intensificado en base a la introducción de tecnologías no suficientemente probadas (transgénicos) o con efectos perjudiciales demostrados: herbicidas, plaguicidas, desinfectantes de suelos, antibióticos y hormonas para el engorde animal o para aumentar su producción láctea, recorte de picos y alas en los pollos, introducción de grasas y subproductos de la industria alimentaria en la alimentación animal, de harinas elaboradas con restos animales en la alimentación de herbívoros, etc.

La agricultura industrializada se caracteriza por la intensificación de cultivos y ganadería, mediante la alteración de los procesos naturales, tanto de forma física, como química y biológica, y la especialización y fragmentación del proceso productivo en unidades distintas. En el caso del cerdo, se fracciona la cría, el engorde y el cebado final en granjas distribuidas entre Cataluña y Holanda. Al tratar a los animales como máquinas productoras de carne, leche o huevos, además de alterar el ciclo natural, facilitamos la introducción de contaminantes en los alimentos, la generación de nuevas enfermedades como la EEB (encefalopatía espongiiforme bovina, más conocida como vacas locas) y la exportación internacional de enfermedades animales de unos lugares a otros y su potencial transmisión a humanos (gripe del pollo). Aunque se quiere responsabilizar a las aves migratorias de este fenómeno reciente, ellas llevan migrando siglos mientras que la industrialización de la ganadería y su extensión planetaria es de sólo unas décadas.

Competitividad

Podemos definir la competitividad como la capacidad de vender las propias mercancías en base a impedir que otros las vendan, tanto en mercados de proximidad, como estatales o extranjeros.

Si admitimos que el bienestar social y el progreso están asociados a la competitividad, debemos también admitir que se basan en la destrucción del competidor. El progreso competitivo tiene como condición hundir las empresas o países competidores. Esto exige abaratar los costes salariales y los gastos sociales dentro de propio país. El progreso basado en la competitividad tiene como condición la degradación de las condiciones de vida de millones de personas. La competitividad reina sobre los despojos y la indefensión de los desheredados de la tierra y sirve para engordar al capital.

El modelo actual de producción, distribución y consumo de alimentos promueve la eficiencia económica y la competitividad como la finalidad primordial. Al sobrepasar los límites a la producción permitidos por la naturaleza, la lógica del beneficio produce la insostenibilidad de los sistemas alimentarios.

Precariedad y explotación del trabajo

Las personas, una vez que, históricamente, han sido desposeídas de medios propios, familiares o comunitarios para satisfacer sus necesidades, se ven impelidas a entregarse incondicionalmente al mercado de trabajo para obtener los recursos monetarios con los que procurarse, nuevamente en el mercado, los productos y servicios que satisfarán sus necesidades alimenticias y de otro tipo.

La producción industrial de alimentos se organiza mediante la generalización del trabajo asalariado como forma, tanto de obtener los recursos necesarios para la propia vida como de pertenencia social.

La competitividad y el abaratamiento de costes a ultranza exige la precarización de la mano de obra en las industrias de transformación, de las condiciones de esclavitud en los invernaderos y de la deslocalización de la producción alimentaria a territorios con mayores ventajas competitivas para las grandes empresas del agronegocio. No se produce lo que necesita la población para una alimentación segura, sino lo que asegura más beneficios al capital invertido.

A pesar de lo insostenible del modelo urbano, las teorías de la industrialización consideran que “la población rural es excesiva en comparación con su aporte al producto interior bruto”. Con este argumento se legitima la expulsión de sus tierras y la privatización de los “recursos naturales”.

El negocio de la producción mundial de alimentos priva de sus propios recursos a las poblaciones campesinas de los países del Sur y genera las migraciones de masas a los países del Norte. Quienes superan la travesía de la muerte hacia los países ricos, sufren la persecución como personas sin papeles y se convierten en mano de obra irregular, explotados y precarizados (temporalidad, reducción del salario, alargamiento de jornada, destajo, incumplimiento de convenios), sin derechos laborales ni condiciones humanas de vida. Esta indefensión de los “nuevos esclavos de la globalización” explica la competitividad de los cultivos hortícolas para la exportación.

En el Estado Español tenemos como ejemplo de esta forma de esclavitud la horticultura intensiva bajo plástico del sureste levantino y la producción fresera del suroeste andaluz. “Desde el comienzo del boom de la fresa, la recolección de la misma era desarrollada en su mayor parte por autóctonos de toda la provincia. (...) la dureza de la recolección y los bajos salarios hicieron que los trabajadores españoles fueran abandonando ese trabajo pasando a otros cultivos de menor dureza como los frutales y cítricos, también en expansión. A raíz de esta situación, con el inicio de la inmigración magrebí, esas labores quedan en los años sucesivos en ese colectivo como principal contingente. (...) ese cambio supone un ahorro para los patronos”¹¹. La mano de obra magrebí es sustituida después por contingentes de mujeres procedentes de los países del Este. “Las asociaciones profesionales [agrarias] de la zona, nos comentan que por el bien de estas mujeres, que vienen solas y desprotegidas a una sociedad distinta y que ellos tratan como hijas (...) les imponen horario de “recogida” (...) les dicen que tienen que estar en casa y durmiendo, no beber alcohol, algunos vallan la finca.(...) Este sistema de control y terror hace que a esas mujeres los patronos les puedan apretar más las clavijas, les impongan fuertes ritmos de trabajo, con topes de cajas que tienen que recoger si no quieren ser castigadas (...) les pueden dejar varios días en casa sin trabajar si no se portan bien (...) están en una espiral sin salida porque no conocen el idioma, no conocen la cultura, se han endeudado en su país para venir y tienen que recuperar ese dinero. Han firmado un contrato de prueba de 15 días y si no lo superan (...) pueden ser expulsadas a su país sin pagarles el viaje de vuelta, quedándose muchas de

¹¹ J. M. Castellano “Inmigración y asentamientos”. Pág. 54 En VVAA “La Fresa Amarga. La situación de los temporeros de la fresa en Huelva. Ed. Atrapasueños. Coeditado por CGT, SOC, SU y Acsur-Las Segovias, Sevilla 2004.

ellas en España, sin dinero para poder regresar a casa. Es un sistema perfecto para explotar a una mano de obra sumisa e indefensa¹² (...).”

Agricultura química y transgénica: dos formas de la misma agricultura industrial

A. Agricultura química

El desarrollo de la agricultura industrial ha creado los transgénicos como un resultado necesario. Las transformaciones en la agricultura y la ganadería orientadas al mercado, urbano en primera instancia y mundial después, persiguen la mejora del rendimiento (volumen producido por hectárea o animal) y de la productividad (volumen producido por unidad de trabajo), desconsiderando los daños colaterales que sufren l@s agricultor@s y l@s trabajador@s agrícolas¹³.

Cuando el único factor racional es la intensificación de la producción, las soluciones son exclusivamente técnicas y los problemas que crean estas “soluciones” se exportan hacia fuera del proceso productivo y hacia el futuro. La intensificación no busca resolver las necesidades y los problemas de agricultor@s y trabajador@s del campo y las necesidades alimentarias de la población, sino la articulación de la agricultura con la industria y con los grandes mercados internacionales. Las necesidades de las familias rurales tienen que pasar por el mercado y las soluciones a sus problemas productivos dependen, cada vez más, de la industria agroquímica.

El uso de productos químicos en abonos y en tratamientos para “resolver” problemas diversos de los cultivos y el ganado, es un rasgo fundamental de la producción industrial de alimentos. Este uso se extiende posteriormente al procesado, almacenamiento y conservación. El empleo de los productos químicos ha introducido a la agricultura en la lógica industrial, haciendo cada vez más dependientes a los agricultores de los desarrollos tecnológicos y del capital necesario para implementarlos.

El aumento del uso de agrotóxicos ha ido en paralelo al crecimiento de la producción de sustancias químicas, también para otros usos. El uso de productos químicos en la agricultura y la ganadería actual constituye una amenaza para nuestra salud y la del ecosistema. En 1945, apenas se usaban

¹² J. García y J. Rodríguez Campos “Jornaleros de la fresa o esclavos modernos”, Pág. 22. En VVAA “La Fresa Amarga. La situación de los temporeros de la fresa en Huelva. Ed. Atrapasueños. Coeditado por CGT, SOC, SU y Acsur-Las Segovias, Sevilla 2004.

¹³ El aumento de rendimientos y productividad no ha tenido ningún beneficio para l@s jornalер@s y trabajador@s del campo. Al contrario, en una situación de amplias capas de campesin@s sin tierras, son ellos los que contribuyen al ahorro de costes de la modernización. La mayor productividad de la tierra o del trabajo significa reducción de peonadas y más trabajo por el mismo salario o por menos, al haber más jornaleros desocupados.

pesticidas en la producción agraria. Sesenta años después, se emplean 2,6 millones de toneladas/año, de las que más de 40.000 t. se dispersan en los campos españoles y más de 300.000 t. en la UE. Sólo EEUU emplea 500.000 toneladas¹⁴. España es uno de los países europeos con mayor consumo, junto con Francia, Alemania e Italia, aunque en densidad por hectárea nos superan Holanda, Bélgica, Francia e Italia.

En España y según las cifras manejadas por AEPLA¹⁵, se ha pasado de 92.000 toneladas en 1997 a 112.000 toneladas en 2003. En volumen de producto empleado se venden más fungicidas¹⁶ (28%) que herbicidas (25%) e insecticidas (20%). Estas sustancias se aplican con especial intensidad en el arco mediterráneo y en los cultivos intensivos.

Entre 1992 y 2000, aumenta el consumo de fertilizantes y su aplicación por hectárea: en fertilizantes nitrogenados se pasó de 56,9 a 78,1 toneladas/hectárea; en fosfatos, de 28 a 35 toneladas/hectárea; y en potasas de 20 a 29 toneladas/hectárea. Los costes de aplicación de pesticidas en cultivos hortícolas, al aire libre y en invernadero, supusieron en 2001 el 8,65% y 11,58% respectivamente del total. Los costes de aplicación de fertilizantes fueron, a su vez, el 11,12% y 10,69%, del total.

Los problemas de resistencias de insectos y hierbas a los pesticidas son cada vez mayores, lo que obliga a más gastos y nuevos productos químicos. El empleo prolongado de químicos deteriora las condiciones del suelo, impide que mantenga su fertilidad y dificulta su defensa frente a virus y hongos que debilitan la planta. La destrucción de la materia orgánica impide un mejor aprovechamiento del agua que se desaprovecha al infiltrarse, contaminada por químicos, a las capas inferiores del suelo. La espiral es cada vez más insostenible, exige mayores gastos en aplicaciones químicas y soluciones “tecnológicas”, reduciendo los márgenes económicos. Este mecanismo ahoga a las explotaciones más pequeñas, obliga a incrementar la productividad y a competir más ferozmente, si cabe, en el mercado. Dichos costes, cada vez más elevados y con menor eficacia frente a los problemas de los cultivos, no contemplan las enfermedades profesionales, los problemas de salud de la población residente en el entorno o consumidora de estos productos. Tampoco el deterioro ecológico de suelos, agua y aire.

Las consecuencias en la salud humana y el ecosistema por la introducción de los pesticidas dan un rango principal a esta dimensión de la agricultura industrial, hasta el punto de que puede parecer que eliminando los químicos

¹⁴ Estas cifras son bajas, comparadas con las que aporta la propia industria española, pero son más generales y las proporciona el Documento de la Comisión al Consejo, al Parlamento y al Consejo Económico y Social europeos. “Hacia una estrategia temática para el uso sostenible de los plaguicidas”. COM (2002) 349 final, p 26.

¹⁵ Asociación Española de Plaguicidas

¹⁶ Productos químicos para luchar contra los hongos.

se resuelven todos los problemas propiciados por este modelo de producción y distribución de alimentos.

A principios de los noventa se sabe perfectamente que los daños por exposición a pesticidas afectan no sólo a las personas que los aplican en el campo y en la desinfección de edificios, sino también al resto de trabajador@s expuest@s, sus familias, vecin@s y población en general, incluidos l@s hij@s engendrad@s con posterioridad al contacto o ingesta del pesticida¹⁷. También se conoce que son especialmente sensibles bebés, niñ@s, adolescentes, ancian@s, enferm@s, mujeres y madres gestantes o expuestas un tiempo antes de la gestación y progenitores masculinos. Los daños se producen incluso en dosis inferiores a las autorizadas¹⁸. Los factores que agravan el riesgo tienen que ver con las condiciones físicas de la persona: etapas cruciales en el desarrollo hormonal, una mayor ingesta en proporción al peso –en la infancia, sobre todo en los más pequeños-, estado de debilidad o enfermedad previo; pero también con el uso prolongado de un número cada vez mayor, en cantidad y diversidad, de sustancias pesticidas a lo ancho del planeta y durante más de 50 años, cuya extensión y acumulación en agua, aire, suelo y tejidos grasos de animales y seres humanos, constituye una situación de contaminación generalizada a la que se aportan nuevas emisiones cada año y en un nivel creciente¹⁹.

B. Agricultura química

Coloquialmente llamamos transgénicos a los organismos modificados genéticamente (OMGs). Estos organismos se fabrican en un laboratorio a

¹⁷ Según la Profesora Ana M^a García, del Dpto. de Medicina Preventiva y Salud Pública de la Universidad de Valencia, en las zonas próximas a la Albufera de Valencia y como resultado de las fumigaciones aéreas para los cítricos, se han encontrado pesticidas organofosforados en la sangre de los habitantes de la zona. Y continúa “se han descrito enfermedades crónicas neurológicas debidas a la exposición mantenida a estos pesticidas y también secuelas a largo plazo después de intoxicación aguda” (El País, “Pesticidas en frutas y verduras” 8-2-05)

¹⁸ Los límites máximos de residuos autorizados en alimentos o en agua potable no garantizan la ausencia del riesgo. Una dosis legal puede no ser perjudicial durante una temporada corta, pero el efecto puede variar si se prolonga o si el individuo tiene toda la vida por delante –caso de los cánceres- y desarrollarse 10 o 15 años después. En relación a los residuos en alimentos, depende de la dieta. No es lo mismo un alimento que se consume poco, que si forma parte de la dieta diaria y se ingiere en cantidades importantes. Estas cuestiones no se contemplan en los límites máximos autorizados.

¹⁹ Un estudio finalizado por un equipo de investigadores del Colegio de Médicos de Familia de Ontario (Canadá-2004) y basado en la revisión de la bibliografía científica producida, a nivel mundial y en los últimos 10 años, sobre la relación entre pesticidas y diversos tipos de cáncer, malformaciones genéticas, trastornos del sistema endocrino, neurológico y mental, revela que el uso de pesticidas está provocando un mayor número de enfermos de estas dolencias, reduciendo la esperanza de vida de la población y la vida saludable. En la mayoría de los casos, la existencia de la enfermedad se produce por la propia profesión o la de sus padres y madres, pero concluye que la transmisión por la exposición ambiental o alimentaria ha sido menos estudiada y resulta más difícil su evaluación. Pone especial énfasis en los daños sobre la infancia y adolescencia, precisamente por su vulnerabilidad y mayor probabilidad de desarrollar la enfermedad a lo largo de su vida. En aquellas enfermedades donde las investigaciones han sido capaces de demostrar una mayor tasa de aparición ante la exposición a pesticidas –diversos cánceres, Linfoma-No-Hodking y leucemia-, se pronuncian a favor de evitar totalmente la exposición de la población en general, lo que significa prohibir su uso o reducirlo a situaciones muy excepcionales.

base de introducir en un ser vivo, genes que no pertenecen a su especie. La multinacional que lo produce, solicita una patente²⁰ sobre el nuevo material genético y pretenden además, desarrollar de forma comercial la esterilización de semillas, hasta ahora bloqueadas por una moratoria. De este modo, no sólo se aseguran el beneficio económico sino también el control de la producción mundial de alimentos. El control absoluto de la alimentación por parte de las multinacionales pone en peligro la autonomía, la seguridad y la soberanía alimentaria de campesin@s, consumidor@s y, en definitiva, de toda la población.

Con una retórica que dice superar los problemas creados por la agricultura industrial, los alimentos transgénicos son una supuesta solución tecnológica que, orientada radicalmente al aumento de la productividad, se presenta como la solución al hambre en el mundo. Por el contrario, es la dificultad de acceso -cuando no el robo o la expropiación a los campesinos- a recursos productivos como la tierra, el agua, las semillas y otros medios de producción, lo que atenta contra la seguridad alimentaria.

Las semillas transgénicas que se cultivan en el mundo²¹ han sido manipuladas para ser resistentes a determinados herbicidas químicos, lo que contribuye al aumento de su uso. También lo han sido para segregar la toxina Bt contra el gusano en el maíz y en el algodón, pero ya han empezado dichos gusanos a hacerse resistentes. Por último, las multinacionales incorporan a las semillas y plantas transgénicas genes que inutilizan los efectos de los antibióticos, lo que implica que, a medio plazo, los antibióticos utilizados con estas semillas serán inservibles como medicamentos para las personas y para los animales.

En un círculo vicioso, los transgénicos agudizan los problemas que prometen resolver: abuso de agroquímicos, crecimiento de plagas, resistencia a los productos que combaten las plagas, aumento de la contaminación de aguas y suelos, pérdida de fertilidad de la tierra, menores rendimientos de los cultivos. Acrecientan la incapacidad de los agricultores para resolver sus problemas “técnicos” y, con ello, su dependencia del “agrobussines”. Las relaciones entre los nuevos genes y los antiguos no son predecibles porque nunca han interactuado unos y otros en el mismo organismo. No podemos determinar qué pasará en las generaciones futuras de dichos organismos²². Uno de los problemas reconocidos es la inestabilidad de los genes implantados. Es inevitable que los cultivos transgénicos, en el caso del maíz

²⁰ Derechos de propiedad exclusivos sobre el organismo nuevo o el procedimiento empleado, que obliga a agricultores e investigadores a pagar por usar las semillas o plantas transgénicas para el cultivo o para la investigación.

²¹ Por el momento, maíz, soja y algodón. En el caso de la Unión Europea, el maíz. Aunque existen muchos otros cultivos en experimentación a campo abierto.

²² La investigación de riesgos sobre la salud humana por ingestión de organismos con genes modificados genéticamente es muy escasa y se reduce a las pruebas con animales en el laboratorio realizadas, precisamente, por las multinacionales biotecnológicas interesadas en la comercialización de los transgénicos.

a través de la polinización cruzada, transfieran los nuevos genes de unas plantas a otras, de unos campos a otros y a lo largo de la cadena alimentaria. Con ello aumentan los riesgos sobre la salud de las personas y del propio ecosistema del que los campos de cultivo y el ganado forman parte.

Aunque la propaganda de la industria biotecnológica simula lo contrario, los transgénicos son el desarrollo necesario de la agricultura química en una forma más acabada de despliegue de la agricultura industrial. En comparación a los parámetros de la agricultura química, se presentan como la alternativa²³ a algunos de los problemas generados por ésta (contaminación por químicos, salinidad y erosión de suelos, resistencia de las plagas a los pesticidas, pérdida de cosechas, etc).

La concepción de “química” y “transgénica” como formas -anterior y posterior- de la misma agricultura y alimentación industrial, en su proceso de desarrollo del mercado global, permite identificar mejor los problemas de la agricultura y alimentación actual y la necesidad de abordarlos desde perspectivas agroecológicas: a) independientes de la tecnología de las multinacionales, b) que incorporan los conocimientos campesinos tradicionales, c) más accesibles a l@s pequeñ@s agricultor@s y campesin@s pobres y d) basadas en el diálogo con la naturaleza y con las necesidades de la seguridad y la soberanía alimentarias de toda la población y no sólo de los sectores con solvencia económica.

No podemos enfrentar la problemática de los transgénicos separada de la agricultura química. Mucho menos, pretender el fomento de una agricultura respetuosa, responsable, ecológica y agroecológica, sin afrontar los problemas de una alimentación industrializada. A su vez, la reducción del debate de los transgénicos a la “coexistencia”, nos hará cada vez más impotentes para resolver dichos problemas y reducirá igualmente la defensa de nuestra seguridad alimentaria, presente y futura, a la aportación de pruebas de sus riesgos y daños, de una en una. Una forma de evitar esa impotencia es mostrar los límites de nuestros planteamientos actuales y articular, a la vez, estrategias de fomento de una agricultura y una alimentación agroecológicas y responsables al margen del mercado global, que incluyan la sensibilización y la participación de personas y colectivos para involucrarse en algo más que rechazar los transgénicos²⁴.

Mercantilización y privatización de recursos. Patentes y semillas estériles

²³ Los transgénicos no eliminan el uso de químicos. Aunque las multinacionales aseguran que los transgénicos reducen la necesidad de algunos herbicidas e insecticidas, hasta la fecha, no es cierto. Además, el uso de genes resistentes a algunos herbicidas, abona precisamente la tesis contraria, que aumentará su uso, en la práctica de la agricultura transgénica.

²⁴ Para más información ver P, Galindo “La fresa como modelo alimentario globalizado” en VVAA “¿Qué hace esa fresa en tu mesa? Ed. Atrapasueños. 2006. De próxima aparición.

A. Recursos naturales

La dimensión ecológica en la producción capitalista no aparece en escena hasta que está amenazada la naturaleza requerida para la producción (ya sea agua, suelo, semillas, etc.) y sólo cuando el grado de amenaza pone en riesgo a la propia producción. Esta amenaza se da en todos los denominados recursos (hídricos, pesqueros, genéticos, etc.) De hecho, el que estas dimensiones de la naturaleza se denominen sesgadamente “recursos”, proviene de sobredeterminar su función productiva y eliminar, o poner en segundo plano, el resto de sus dimensiones naturales, sociales y culturales, aunque también sean necesarias para la vida, e indirectamente, para la actividad productiva.

El proceso es semejante en todos los casos. Inicialmente se trata de un bien común de libre acceso. Con la intensificación de sus extracciones o uso se limita su capacidad de recuperación natural, hasta un punto en el que dicha capacidad peligra. Ante la escasez de ese bien, en lugar de limitar su uso, dando prioridad a la población autóctona o con menos recursos, se privatiza, pero continúa la sobreexplotación. El paso siguiente es limitar extracciones (cuotas) que nuevamente desconsideran criterios sociales, expulsando a los productores más pequeños. Por último, se pone precio o “tasa” a la extracción de dicho recurso, lo que posibilita que sólo accedan a él quienes puedan incorporarlo a sus costes. En el mejor de los casos se subvenciona la eliminación de las pequeñas explotaciones que han demostrado no ser competitivas en dicho proceso. La supervivencia de las que permanecen es a costa de las explotaciones arruinadas y de la esquilmación del propio recurso. Cuando éste se agote, los inversores se irán a otra parte y quedará el desierto. Aunque se ponga un precio, no se internalizan los costes ecológicos sino solamente los que entran en la órbita de la competencia²⁵.

La liberalización de los mercados de servicios, agudiza el proceso de mercantilización y privatización de agua y energía haciendo más exclusivo y excluyente su uso para la producción de alimentos y, en particular, para los pequeños agricultores, campesinos e indígenas en todo el mundo. En el Estado Español es más rentable el uso de agua para campos de golf que para usos agrícolas. Este uso antisocial y antinatural del agua, se abre camino en un territorio donde el agua es un bien escaso y con frecuencia se requieren cortes de suministro para los usos más elementales de la población. Destinar agua -a veces trasvasada de otras zonas-, para el uso elitista de una minoría que además, precisa de un amplio territorio, que sería susceptible de usos más sociales y ecológicos, es un claro exponente de la dictadura de la economía sobre la sociedad y la naturaleza.

²⁵ P. Galindo “Globalización, agricultura y alimentación” En la revista Emergencias núm 1, Barcelona, Nov-2001. Pags. 77-89.

B. Semillas y patentes

Durante milenios, l@s campesin@s han garantizado la agrobiodiversidad y la seguridad y autonomía alimentarias, adaptando y mejorando semillas y plantas de origen silvestre a las diferentes condiciones climáticas, ecológicas, sociales y culturales. Nunca reclamaron ningún derecho sobre una actividad de enorme importancia social cuya materia prima habían tomado prestada de la naturaleza. Con el despliegue de la agricultura industrial para el mercado global, el producto de esta actividad milenaria, colectiva y de uso público, ha ido privatizándose en beneficio de multinacionales productoras de semillas que impiden a l@s agricultor@s reproducir e intercambiar semillas libremente. Además, les exigen pagar por usar unas semillas que son fruto del trabajo acumulado de nuestros antepasados. Los “derechos exclusivos” de estas empresas, que nos prometen acabar con el hambre en el mundo, se alzan sobre el robo y el expolio del patrimonio común de semillas. Este saqueo adquiere su legalidad con normativas nacionales e internacionales firmadas por los gobiernos globalizadores, que convierten estas prácticas en necesarias, buenas e inevitables para el funcionamiento de la economía, a la vez que ilegalizan y criminalizan las acciones de organizaciones de campesinos y movimientos sociales que tratan de impedir, en la práctica, el robo del patrimonio común y la contaminación genética y química de semillas, naturaleza y alimentación.

Las patentes son derechos de propiedad intelectual sobre semillas, plantas, animales y células humanas, de uso exclusivo para quien paga a la multinacional propietaria, aunque esta se lo haya robado a la comunidad que los conserva y depende de ellos, e incluso a la persona que generó tales células, sin su consentimiento. Son el instrumento con el cual, la tecnología de las semillas transgénicas y estériles, alcanza el objetivo perseguido de maximizar los beneficios de un número cada vez más reducido de empresas. La patente sobre la semilla o sobre la tecnología aplicada a la semilla, sirve para asegurar que los beneficios económicos derivados de la inversión tecnológica, recaigan de forma exclusiva sobre la empresa beneficiaria de la patente.

“Aunque las patentes se hayan utilizado desde la revolución industrial para recuperar las inversiones de los inventos industriales, el material vivo es diferente. No se inventa, sino que se descubre. Ha sido mejorado durante millones de años para su uso en agricultura por parte de los campesinos de todo el mundo o bien ha evolucionado en la propia naturaleza. Hoy en los países del primer mundo, los agricultores no tienen derecho sobre estas semillas y en los países del Sur, donde las prácticas tradicionales aún existen, las multinacionales están robando las plantas y animales que son la

reserva de la biodiversidad y patentándolas en los países del Norte. Cuando esto ocurre, sus verdaderos “protectores y propietarios” se ven obligados a pagar para usarlas. Los alimentos transgénicos se desarrollarán aún más, después de que la legislación de patentes industriales se traslade también a las plantas y los animales.

Por citar varios ejemplos importantes. Se han patentado células humanas de pueblos indígenas sin su consentimiento, robándoles la sangre en campañas de vacunación. Un paciente norteamericano se encontró que su médico había patentado células de su bazo, porque había descubierto que eran útiles en la prevención de enfermedades, pero no le pidió su conformidad y los tribunales de justicia han fallado en su contra aludiendo que ya no estaban en su cuerpo. Se ha patentado el arroz indio basmati que es la base fundamental de la alimentación en la India. También a este país se le ha robado mediante una patente los derechos curativos y su utilidad como insecticida agrícola del árbol neem, que los habitantes de la India conocen y usan desde hace miles de años.

Las patentes sobre la vida se legitiman con el argumento de que traerán beneficios para la humanidad. La realidad es que ponen en manos de las multinacionales las semillas, plantas, animales y genes humanos que garantizan la soberanía alimentaria, la biodiversidad, la salud, usurpando los derechos de las personas sobre su propio cuerpo y sobre los recursos naturales que les permiten sobrevivir. Además, no todas las personas podrán acceder a las ventajas de esta investigación, sino sólo los consumidores y ciudadanos de los países ricos en la medida en que se mantenga para todos los habitantes del Norte, la sanidad pública y el derecho a la alimentación. La entrega de la vida al capital privado, es una consecuencia de la globalización que incorpora a lógica de mercado los recursos biológicos, reconociendo los derechos del capital para apropiarse del conocimiento campesino, o de la propia evolución biológica, a la que no han contribuido en absoluto”²⁶.

C. La tecnología “Terminator”

Las semillas transgénicas y estériles son la forma más desarrollada de la agricultura industrial para el mercado global. Las multinacionales están incorporando una tecnología capaz de esterilizar las semillas. Esta tecnología conocida como Terminator, consiste en producir semillas incapaces de reproducirse o que sólo pueden hacerlo mediante una sustancia química propiedad de misma empresa. Aparentemente es absurdo desarrollar estas semillas. Sin embargo, beneficia a las

²⁶ Texto elaborado por el GAK de CAES para apoyar una campaña de Ecologistas en Acción contra la Ley sobre invenciones biotecnológicas que el Gobierno del PP estaba elaborando en febrero de 2004. Para ver texto completo visitar www.nodo50.org/caes sección Transgénicos.

multinacionales del “agrobusiness”, para las que el negocio es la reproducción y venta de semillas, obligando a quien las necesita a comprar cada vez, antes de cada siembra. La tecnología Terminator facilita el control absoluto de la alimentación por parte de las multinacionales y agrava las amenazas sobre la autonomía, la seguridad y la soberanía alimentarias de campesin@s, consumidor@s y de todos los pueblos del mundo.

La tecnología Terminator es contraria al espíritu del Convenio de Diversidad Biológica de Naciones Unidas (NNUU). La “Conferencia de las Partes” acordó, en el año 2000, una moratoria en su despliegue. Sin embargo, en la reunión del “grupo de trabajo sobre derechos de campesinos e indígenas” (Granada-España, 23/1-3/II de 2006), Canadá, Australia y Nueva Zelanda han conseguido introducir en la resolución final, el mismo planteamiento que ya preside la política de transgénicos a nivel mundial, tras el fin de la moratoria de transgénicos en la UE. En lugar de considerar a estas tecnologías, como un peligro del que hay que protegerse, se impone una aceptación general, a cambio de una evaluación caso por caso de los problemas que se detecten. Al limitarse a exigir la demostración científica del daño en casos aislados, el principio de precaución pierde su carácter preventivo. Este cambio preparaba la finalización de la moratoria de las semillas Terminator en la “8ª Conferencia de las Partes”(Brasil, 20-31/3/06). La mayoría de los Gobiernos reunidos en Brasil aceptaron la petición de la Campaña Internacional Terminar Terminator de mantener la moratoria, menos concluyente que su propio título www.terminarterminator.org.

El fin de tal moratoria habría agudizado la actual debilidad de los movimientos sociales en la lucha contra los transgénicos tras el cese de la moratoria en la UE (junio-2004). La aceptación de dicho cese por parte de las grandes ONGs ecologistas que lideran el movimiento antitransgénicos ha reducido la capacidad, los contenidos y el horizonte de lucha, a la regulación de una coexistencia pacífica con los transgénicos, reduciendo las máximas aspiraciones a declarar “reservas” libres de transgénicos, a pesar de la creciente contaminación sobre cultivos ecológicos y no ecológicos.

En el Estado Español, que cultiva la mayor superficie de transgénicos de la UE, durante el Gobierno del PP, la moratoria (1998-2004) no ha tenido efecto y la superficie de maíz transgénico ha seguido incrementándose. Tras el cambio de Gobierno, ha continuado la política pro-transgénicos, oculta tras una mayor predisposición al diálogo. Nuestra debilidad como movimiento de lucha antitransgénicos para conseguir la retirada de estos cultivos y alimentos, se ha incrementado por la unidad de las ONGs ecologistas en apoyo de una negociación sobre condiciones “básicas” de coexistencia que contenían la aceptación de “un mínimo de contaminación inevitable” y por la exclusión de los colectivos que mostrábamos el riesgo de la rebaja de contenidos y nuestra desconfianza en el Gobierno del PSOE.

Una vez eliminada la moratoria, los colectivos y organizaciones defensores de la agroecología, el consumo responsable, la seguridad y soberanía alimentarias, así como cualquier consumidor individual, quedamos obligados a aportar pruebas de daños, caso por caso, mientras se desarrolla el libre comercio de alimentos transgénicos procedentes de semillas estériles, aunque etiquetados. La etiqueta garantiza al consumidor de alto poder adquisitivo su derecho a elegir alimentos no transgénicos. Pero la mayoría de la población sólo puede “elegir” una comida basada en químicos y transgénicos. Se demuestra, una vez más, que los gobiernos sólo defienden la salud y seguridad alimentaria de la población, mientras no interfiera con las reglas del libre comercio²⁷.

D. Destrucción y agotamiento de la naturaleza

La producción industrial intensifica el uso del suelo, el agua, la energía, los animales y las plantas. Su alta productividad tiene como base un alto consumo de los “recursos” necesarios para la producción. La especialización de la producción agrícola y de la producción ganadera en las explotaciones “modernas” impide un ciclo de reciclaje energético que aproveche los residuos ganaderos para la fertilización del suelo y los residuos vegetales para alimentar el ganado. Este ciclo, además de suponer un ahorro para el agricultor, reduce la contaminación. La energía consumida no renovable, externa a la explotación, es cada vez más elevada y dependiente del petróleo, tanto bajo la forma de combustibles como de fertilizantes, pesticidas químicos y alimentos para el ganado, todos ellos con un alto coste energético en su producción y transporte.

La forma de producción industrializada provoca una destrucción ecológica continua y en la mayoría de los casos irreversible con pérdida de suelo fértil y de biodiversidad agrícola. Las causas son: a) su artificialización, b) la generación de residuos que ya no se aprovechan al interior del ciclo productivo –por la compra de fertilizantes y la especialización productiva que impide tales aprovechamientos ecológicos, c) la intensificación que aumenta considerablemente los residuos e incapacita a la naturaleza del entorno de la finca para “digerirlos”, d) el gasto de combustible por el aumento del transporte de mercancías y la necesidad de conservación de los productos suponen un mayor consumo de energía, e) los envases y embalajes y acumulación de residuos producen contaminación ambiental. El balance energético es cada vez más negativo y la contaminación más intensa.

En el entorno inmediato de la explotación, los efectos más negativos son: 1) la contaminación de suelos y aguas (superficiales y subterráneas) por

²⁷ Editorial del Boletín de los GAKs “Agricultura y Consumo Responsables”, abril 2006.

fertilizantes químicos y plaguicidas, 2) la pérdida de fertilidad de dicho suelo que se utiliza buscando exclusivamente el rendimiento más alto e inmediato, 3) el impacto sobre la flora, fauna y los propios habitantes del entorno, incluidos los agricultor@s, por el uso continuado de productos químicos.

Los daños sobre la naturaleza repercuten en las condiciones de vida de la población autóctona, en un círculo vicioso. La esquilmación y privatización de territorios, recursos naturales, agua, suelo, semillas, etc., provocan una contaminación y desertización crecientes que aumentan el hambre, el desarraigo y la emigración forzosa. Este desequilibrio natural y social se traslada a las zonas de emigración y, por extensión aumenta la escala de los daños ecológicos, económicos, sociales y culturales.

La globalización de los alimentos. Distribución global

A. Mercado global, gran distribución y “libre comercio”

La agricultura industrial se extiende con la industrialización de las sociedades. Primero se asienta en EEUU. Tras la II Guerra mundial, en Europa y el resto de países ricos. A mediados de los años 70, con la Revolución Verde, se expande por todo el mundo. Tras la descolonización, la FAO²⁸ promovió la agricultura industrial en los países empobrecidos, una vez adquirida su condición de países “independientes”, con el argumento de que era la mejor forma de desarrollar sus economías.

La “solución” consiste en modernizar sus agriculturas tradicionales y especializarlas en aquellas materias primas agrarias, alimentarias o no, que tienen una fuerte demanda en el mercado internacional, en manos de sus antiguas metrópolis y de las grandes empresas agroquímicas y agroalimentarias. El mercado internacional prometía resolver el problema del hambre, pero lo que facilitó fue la división de papeles en la especialización productiva de alimentos a nivel mundial y la generalización del modelo de producción-distribución-consumo agroalimentario global. Este modelo supone una agricultura ahorradora de mano de obra y costosa en tecnologías agroquímicas y semillas de importación, que había que pagar en dólares. El resultado de este modelo de desarrollo ha sido la imposición de los intereses de los países desarrollados sobre el derecho de los más débiles a utilizar, en beneficio de su soberanía alimentaria, aquello en lo que eran fuertes: trabajo abundante y cualificado en el campo y semillas y variedades propias, acondicionadas a la climatología de sus territorios.

²⁸ FAO: Food and Agriculture Organization-Organización Mundial para la Agricultura y la Alimentación, organismo creado en 1943, por los acuerdos de Hot Springs. Hasta esa fecha, ningún organismo internacional se ocupaba de la alimentación.

En lugar de acabar con el hambre, el “libre comercio” aumentó el número de personas hambrientas y la dependencia alimentaria de los países pobres. En lugar de reducir la pobreza de los campesinos e indígenas, les privó de sus recursos y su autonomía. Con la apertura de los mercados locales a la alimentación básica importada a precios bajos, la presión sobre los pequeños agricultores, campesinos e indígenas creció aún más. Tenían pocas alternativas. O se incorporaban a la lógica productivista, endeudándose y haciéndose dependientes de las multinacionales y sus tecnologías. O bien, la caída de los precios de la alimentación básica, les expulsaba de los mercados locales y por consiguiente de sus tierras, encaminándoles a una emigración forzosa a las ciudades (caso de los cultivadores de arroz en La India que se suicidaban al no poder pagar los créditos tras una mala cosecha). La falta de posibilidades de empleo en la ciudad hizo engrosar las bolsas de pobreza urbana, el chabolismo y la insalubridad, al mismo tiempo que se inicia, para los que pueden endeudarse aún, la aventura incierta de la emigración al primer mundo, arriesgando el escaso patrimonio familiar y la vida, para convertirse en la mano de obra flexible de los países del Norte. La revolución verde consiguió el desarrollo del mercado mundial de alimentos a costa del empobrecimiento de las economías campesinas, de su desarticulación cultural y territorial, de la emigración forzada y de la soberanía y la seguridad alimentarias de miles de millones de personas en el mundo.

El mercado agroalimentario mundial no es el mercado de las pequeñas y medianas explotaciones, sino de las grandes y de la agroindustria. La distribución a gran escala es su territorio, su terreno específico. En el ámbito propio de la producción agraria se dan además, circunstancias diferentes al resto de las mercancías. A) Los vendedores son muchos y el comprador es una o pocas multinacionales del negocio alimentario, que a su vez, les suministran materias primas, materias auxiliares y medios de producción. B) Los productos son, en general, perecederos y por ello, más allá de una cierta conservación y almacenamiento, requieren tener garantizada o bien la capacidad productiva, o bien la capacidad adquisitiva, para satisfacer la necesidad de la población. C) Aun en los casos de las producciones más industrializadas, desde que se decide qué producir hasta que el producto puede llegar al mercado, intervienen variables naturales, cuyos tiempos y condiciones escapan a cualquier control. Por ejemplo, una sequía prolongada, lluvias torrenciales, granizo, etc. que pueden arruinar todos los esfuerzos previos. Estas circunstancias hacen que la mercancía alimentaria se comporte de forma diferente a las demás y sus precios respondan difícilmente a la relación entre la oferta y la demanda y, al afectar a una necesidad básica, al menos en caso de crisis alimentaria o de guerra, se trata de un asunto en el que necesariamente intervienen los estados.

B. Las multinacionales de la alimentación

Las empresas multinacionales de la distribución comercial han crecido no sólo en tamaño sino también en influencia económica, social y política, y son uno de los principales actores de la globalización de los alimentos. Surgen en Europa hace 50 años para reducir los costes de intermediación en la búsqueda de precios más bajos. Su desarrollo ha promovido la concentración de las compras, la verticalización, centralización y extensión planetaria de la producción industrial de alimentos a lo largo de toda la cadena (desde la investigación y producción de semillas y productos químicos fitosanitarios, hasta la venta en la gran superficie). Su poder de intermediación en el mercado les permite la extorsión a los productores de alimentos con objeto de mejorar sus beneficios. Desde este modelo, las multinacionales están entrando con fuerza en la distribución y venta de alimentos “ecológicos”.

Las multinacionales de la distribución crecen, a veces, a través de un sistema de franquicias. Este se apoya en pequeños empresarios que abren un establecimiento bajo condiciones fijadas por la gran marca de la multinacional, que impone la imagen corporativa, estética del establecimiento, suministradores y precios. A cambio, exige un porcentaje de los beneficios y se desentiende de todos los riesgos, incluso de la competencia, hasta la ruina, que puedan ejercer nuevos franquiciados de la misma marca al establecerse en las inmediaciones.

Las ventajas competitivas de las grandes cadenas de distribución se basan en la concentración del volumen de compra pero, sobre todo, en la imposición de precios y condiciones de pago, tanto a suministradores como a franquiciados (incluidas exigencias de descuento, costeo de la publicidad, reformas de establecimientos o financiación de nuevas aperturas). También impone a los franquiciados el uso de marcas blancas²⁹, las ofertas de productos de gran consumo por debajo de su coste (lácteos, bebidas, azúcar, aceite, productos de limpieza y aseo) como reclamo para captar clientes. Estas fórmulas comerciales se complementan con la temporalidad, bajos salarios y recorte de derechos laborales y sindicales a sus trabajador@s. Las administraciones públicas financian, vía reducción y

²⁹ Las marcas blancas forman parte de las estrategias de la gran distribución para controlar el mercado alimentario. Al sustituir la marca del productor le imponen, además de precio, forma de pago y calidades, su propia desaparición. De esta manera, al aparecer los productos en las estanterías de las grandes superficies, la naturaleza, el campo y los campesinos pasan a ser algo superfluo. Para el consumidor, el precio más bajo tiene un alto coste. Si una mantequilla producida industrialmente a 2000 km incorporase los costes energéticos, ambientales y sociales que ha producido, costaría 10 veces más que la mantequilla producida por el ganadero que ha quebrado por la competencia de la multinacional que nos está rebajando el precio. Arturo Gil, presidente de la Federación de Industrias de Alimentación y Bebidas, atribuye a estas marcas el 25% de la cuota de mercado en España y reconoce que favorecen, a largo plazo, la deslocalización productiva (El País 29/5/05).

exención de impuestos u otras fórmulas de subvención, la apertura de nuevas superficies y tiendas.

C. El “libre comercio”

Ante un acceso desigual al mercado y como forma de resolver dicha desigualdad, las instituciones de la globalización y la “alterglobalización” proponen ampliar el comercio, suavizando el proteccionismo de los fuertes, para democratizar el acceso de los pobres al mercado en condiciones de “igualdad”. Pero el mercado solo entiende de competitividad y beneficios. Es irracional intentar resolver la desigualdad, la injusticia y el hambre causados por la lógica del mercado mediante más mercado, es decir, más comercio a escala mundial. La falacia del “libre comercio” se desmonta observando en el mercado único europeo los efectos de la competencia en condiciones de productividad desigual y especialmente, con las adhesiones de nuevos miembros. El ingreso de España en la UE supuso eliminar un millón de agricultores entre 1986 y 2002 (el 50% del total) y la sangría rural continúa.

La liberalización del comercio no proporciona seguridad alimentaria, ni desarrollo rural a los países pobres. Tampoco ofrece seguridad alimentaria a los consumidores de los países “desarrollados”. Con la extensión del mercado global, desde 1960, los precios de las materias primas agrarias han caído un 50% con el desarrollo del mercado global. Los costes inferiores de producción están asociados a costes superiores de distribución por la distancia recorrida, el incremento de consumo de combustibles, envases, embalajes, refrigeración y pérdida de la frescura y calidad nutritiva de los alimentos. La feroz competencia entre las distintas multinacionales obliga a bajar continuamente los precios pagados a l@s agricultor@s, con un aparente beneficio para l@s consumidor@s. Mientras tanto, se alarga, concentra y verticaliza el sector agroalimentario, bajo el dominio de la distribución a gran escala que se beneficia de la extorsión a productor@s y consumidor@s.

Los controles de calidad y la trazabilidad³⁰ en un comercio de largas distancias se complican y encarecen, convirtiéndose en algo formal. Sólo la gran distribución gana con el consumo global. La retórica de conciliar la liberalización del comercio mundial y el desarrollo de los países pobres, es

³⁰ trazabilidad: es el sistema empleado para el seguimiento a lo largo de la cadena alimentaria de un producto. Consiste en que, en caso de inseguridad se pueda hacer el camino inverso recorrido por el producto desde el supermercado hasta la instalación o explotación, pudiendo detectar el punto donde se ha producido el problema. Obviamente esta ruta permite, en caso de descubrirse una intoxicación u otro daño visible que pueda identificarse con el consumo de un determinado producto, poder localizar dónde se ha producido y, si se funciona con rapidez, acotar el daño a otros posibles consumidores al retirar la partida dañada. Pero el sistema de trazabilidad, por sí mismo, no reduce la inseguridad alimentaria ya que, no modifica la forma industrial de producir, causante del aumento de los riesgos. Simplemente, ante una alerta, facilita las herramientas para minimizar el alcance del daño.

solo propaganda. La inmensa riqueza de los ricos tiene como condición el hambre de los pobres.

Considerar que haciendo más justas las reglas del comercio internacional y eliminando las subvenciones a la agricultura doméstica, se restablece el equilibrio para que los agricultores del Sur puedan “competir” en los mercados internacionales, es quedarse en la superficie. Lo que se restablece es una mejor competencia entre los capitales, con lo que la guerra entre ellos no sería tan desfavorable para los países del Sur. Pero, la mejora en el acceso a los mercados mundiales por parte de los países del Sur, en ningún caso equivale a que la agricultura campesina de dichos países, cumpla su función primordial de garantizar la soberanía alimentaria y su propia supervivencia. No distinguir entre los diferentes mecanismos de protección de los productos agrícolas (algunos de los cuales atentan simultáneamente con la supervivencia de la población campesina propia y en grado mayor con la ajena) además de ser una visión ingenua, facilita la implantación del modelo de agricultura sin agricultores. El impacto de las políticas de modernización agraria en Estados Unidos y la UE sobre su propia población campesina lo demuestran ampliamente.

En el seno de la OMC, la Unión Europea y los EEUU, se producen confrontaciones y luchas de intereses cruzados, pero todas ellas tienen en común la defensa del mercado como el mejor mecanismo de asignación de recursos y satisfacción de necesidades sociales. Las políticas de producción de alimentos, protección a la salud y defensa del medioambiente en EEUU y Europa, son diferentes, pero sólo porque el contexto cultural y político es diferente y la lógica mercantil debe adaptarse a las condiciones para garantizar su avance. Ambos modelos se basan en las mejoras de productividad que obligan a un continuo crecimiento de la producción y distribución a gran escala. Se abaratan los precios de los alimentos, únicamente porque dichos precios no recogen los costes sociales y ecológicos que causa la producción a gran escala, la aplicación de métodos y tecnologías industriales y la distribución mundial de los alimentos. Cuando las multinacionales europeas, incluidas las españolas, operan en los países empobrecidos o dependientes, podemos observar la misma brutalidad que practican las multinacionales norteamericanas o japonesas. Pronto lo veremos con las multinacionales chinas.

D. Hambre y comida basura

La inseguridad alimentaria es una de las consecuencias de la globalización alimentaria. Sus componentes principales son el hambre y la comida basura. Su causa es la agricultura y ganadería industrial que es premisa y resultado del modelo de producción, distribución y consumo global de alimentos.

E. Algunos datos sobre la inseguridad alimentaria³¹

- De 6000 millones de personas en el mundo, 842 millones de personas están hambrientas y el 20% (o sea 1.200 millones) padece desnutrición crónica, afectando sobre todo a los países pobres. Frente a ello, 1.000 millones de personas tienen sobrepeso y 320 millones son obesas. La obesidad y el sobrepeso, antaño un síntoma de opulencia, hoy es un síntoma de malnutrición que se extiende entre los pobres de los países ricos por una dieta basada en alimentación industrial.
- El 40% de la cosecha mundial de grano se destina a la alimentación del ganado que en forma de proteína barata, nos comemos en los países ricos, en lugar de alimentar a la población autóctona de los países de la periferia del capitalismo maduro.
- El presupuesto de publicidad de la industria de la comida rápida son más de 30 millones de euros, cifra que supera el PIB del 70% de las naciones del mundo.
- El cultivo de cereales transgénicos destinados a la fabricación de piensos aumentó en España un 80% en 2004.
- Mc Donald's da de comer diariamente a más de 46 millones de personas en todo el mundo -más que la población del Estado Español-. Cada año, más de 200 millones de personas visitan los 354 puntos de venta de Mc-Donalds en el Estado Español. Mc Donalds-España, líder de la comida basura también en nuestro país, donde llegó en 1981, facturó 579 millones de euros en 2004.
- La Fundación Infantil Ronald McDonalds, abrió su primera sede en España en 1997 en las proximidades del Hospital Vall d'Hebrón en Barcelona. Esta casa se destina a niños enfermos que requieren tratamiento prolongado, ofreciéndose como hogar para ellos y sus familias cuando requieren desplazarse lejos de su domicilio habitual para recibir tratamiento médico. La Fundación tiene previsto abrir una segunda casa en el recinto del Hospital del Niño Jesús de Madrid. Desde hace 4 años, el día mundial del niño -20 de noviembre- y con la ayuda de personalidades del mundo del deporte y la televisión que actúan como vendedores en alguno de sus restaurantes, Mc

³¹ Elaboración propia a partir de informaciones de organismos oficiales (OMS, FAO, UE y Ministerio de Sanidad y Consumo) y de estudios específicos sobre agricultura, alimentación, obesidad, etc. y de las propias empresas multinacionales punteras en el negocio de las bebidas azucaradas y la comida basura: Coca-cola y Mc Donalds. En particular, Eric Schlosser "Fast Food" Edición española en 2002, Editorial Grijalbo. Boletín nº 6 "El sector de la comida rápida" y Boletín 7 "Coca-cola: corporación y marca" del Observatorio de las Corporaciones Transnacionales.

Donalds-España, destina la recaudación de la venta de Big-Mac, para financiar a la Fundación Ronald McDonalds³².

- Un típico menú de comida rápida podría contener más de 70 sustancias, de las cuales menos de 10 son ingredientes principales (carne, verduras y harina) y más de 40 son aditivos, colorantes, aromas y otras sustancias añadidas de forma artificial.
- La población española consume más Coca-Cola que la de cualquier otro país europeo, según datos de la propia multinacional. Coca-cola España ha firmado un convenio con la Ministra de Sanidad para fomentar entre los jóvenes unos hábitos saludables de alimentación y actividad física, dentro del marco de la estrategia NAOS (Nutrición, Actividad Física y prevención de la Obesidad, programa del Gobierno del PSOE contra la obesidad infantil).
- Una lata de Coca-cola contiene aproximadamente 35 gr. de azúcar. La probabilidad de que un niño o niña pueda volverse obeso aumenta un 1,6% con cada lata adicional diaria de refresco edulcorado. Estudios llevados a cabo con 90.000 mujeres en EEUU muestran que quienes tomaron 1 o más latas de bebidas azucaradas tenían una probabilidad 83% superior a contraer Diabetes tipo 2 que aquellas que bebían menos de 1 al mes.
- Uno de cada tres niños españoles no toma ni una pieza de fruta al día. El 40'2% de la población entre 2 y 24 años y más de la mitad de la población adulta tiene sobrepeso o es obesa. En 10 años, la tasa de los niños obesos se ha triplicado (de 5% a 16,1%) entre los niños de 6 a 12 años. Somos el segundo país de la UE con niños con sobrepeso, detrás del Reino Unido.
- La Estrategia NAOS, plan estratégico de 2005 del Gobierno del PSOE para detener la obesidad y sus enfermedades derivadas de una alimentación industrial, no responsabiliza a las industrias de bebidas azucaradas y de comida rápida del crecimiento alarmante de la obesidad en la población española. Por el contrario, les otorga el papel de aliadas y patrocinadoras de la propia estrategia. Equivale a poner a la zorra al cuidado del gallinero.

Las multinacionales de la alimentación y sus agentes políticos, asumen cínicamente que es imposible el riesgo cero y confunden la calidad de los alimentos con el cumplimiento de la legalidad. Mientras tanto la desconfianza de la población hacia los alimentos crece con cada escándalo y también crecen las dudas sobre los mecanismos para garantizar la

³² Una parte mínima de los beneficios de la hamburguesa “superración” que hace obesos a los niños, se emplea para aparentar la preocupación de la multinacional por la salud infantil, al tiempo que habitúa a los propios niños ya enfermos, a la comida Mc-basura, para que siga dándole beneficios. Información del archivo de prensa de Mc Donalds-España www.mcdonalds.es

seguridad alimentaria implementados por este modelo industrial y globalizado de alimentos. Tales mecanismos se reducen a: 1) un sistema de alerta, que se activa al denunciarse alimentos contaminados, para detectar su origen, retirar de la cadena alimentaria las unidades afectadas y lanzar un mensaje tranquilizador a la población, minimizando la desconfianza mediante el control de la información pública³³. 2) La obligación legal de dar información en las etiquetas y no incorporar productos prohibidos o en dosis no autorizadas.

Mientras tanto, se obvia, cuando no oculta, que la proliferación de salmonellas y dioxinas en los huevos y pollos, y la generación de nuevas enfermedades como la EEB (vacas locas) o la exportación internacional de enfermedades animales y su transmisión a humanos (gripe aviar), tienen que ver con la intensificación de la producción animal y la degradación de sus condiciones de vida y alimentación y con los tratamientos a los que son sometidos, en consecuencia, para evitar que enfermen y mueran más o para acelerar su productividad. Los factores de inseguridad son diversos y creciente su complejidad.

Es cada vez más conocido que el modelo actual de producción, distribución y consumo de alimentos persigue maximizar los beneficios empresariales en detrimento de una alimentación sana, suficiente y segura para toda la población. Sin embargo, los consumidores carecemos de la madurez cultural, política y organizativa para enfrentarse al poder y la manipulación de las multinacionales alimentarias, apoyadas y consentidas por gobiernos, partidos y sindicatos. Las organizaciones de consumidor@s con toda su positividad, al no plantearse el fondo del problema, ocultan más de lo que denuncian. Con su actividad, que consigue medidas paliativas para una ínfima proporción de los problemas, crece la ilusión de que existe una protección del estado para l@s consumidor@s.

Hambre y comida basura son producto del secuestro de la alimentación por la lógica capitalista en la alimentación. La concentración de población en las ciudades y la expansión del modo de vida urbano, sostenible y enfermante, son resultado de la misma lógica. El negocio de la producción mundial de alimentos priva de sus propios recursos a las poblaciones campesinas de los países del Sur y genera las migraciones de masas a los países del Norte en busca de una vida mejor. Quienes superan la travesía de la muerte hacia los países ricos, sufren la persecución como personas sin papeles y se convierten en mano de obra irregular, sin derechos laborales ni condiciones humanas de vida. Esta indefensión explica la competitividad de los cultivos hortícolas intensivos para la exportación.

³³ Aún así no se eliminan los problemas, las enfermedades e incluso las muertes por contaminación alimentaria: como ejemplo, las dioxinas en los pollos cocinados de la empresa SADA que causaron un muerto y multitud de afectados, antes de su retirada del mercado. La contaminación se originó en unas instalaciones nuevas, dotadas con las más modernas tecnologías y que habían sido inspeccionadas dos días antes de la salida de los lotes contaminados.

F. Dependencia de las multinacionales y pérdida de soberanía alimentaria

La transformación de una agricultura campesina en agricultura industrial tiene como condición el control por parte de las multinacionales agrobiotecnológicas y de las multinacionales de la distribución, de todo el proceso que va desde la apropiación del material genético hasta la mesa de los consumidores, incluidos los hábitos de alimentación que éstos adquieren. La mercantilización de la alimentación ha traído la privatización y mercantilización de todos los recursos de la naturaleza requeridos para la producción de los alimentos. Los derechos de propiedad intelectual y las patentes son un instrumento de legitimación de la subordinación de la salud de todos a los intereses de las empresas.

La mercantilización de los alimentos basada, en el abaratamiento de los costes y la competitividad, tiene consecuencias muy negativas: 1) Enfrenta a productor@s y consumidor@s de alimentos en intereses contrapuestos y enormemente alejados en una cadena de distribución planetaria. Cada productor pugna por reducir sus costes de producción para derrotar al resto de productores y vender lo más caro posible. Cada consumidor busca el precio más bajo desentendiéndose de la suerte de los productores, del resto de consumidores y de su propia seguridad alimentaria. 2) Impide el derecho a la soberanía alimentaria como “derecho de los pueblos a definir su propia política agraria y alimentaria”, mientras impone patentes sobre la vida y semillas estériles³⁴ que ponen la seguridad alimentaria y la salud de la población en manos de las multinacionales.

G. La ruina de la pequeña agricultura

Diversos factores que caracterizan la producción industrial y su distribución en un mercado global tienen como consecuencia la ruina y posterior desaparición de la pequeña agricultura. Por un lado, las empresas o sociedades anónimas con su racionalidad económico-empresarial son más adecuadas para una producción mercantil y desplazan a la racionalidad ecológica campesina. En segundo lugar, esta racionalidad opera buscando ventajas competitivas en el mercado y promueve la organización de la agricultura y ganadería a semejanza de una factoría industrial que se organiza científicamente para una fabricación en serie, con lo cual ganan escala y reducen el coste a aplicar en cada unidad producida. Esta forma de organizar la producción desplaza y desvaloriza el oficio del agricultor/a y su conocimiento de la naturaleza. En tercer lugar, la presión que ejercen las

³⁴ Son semillas que han sido amputadas de su capacidad de reproducción a través de Tecnologías de Restricción de Uso Genético (TRUG), más conocidas como Terminator.

grandes cadenas de distribución sobre el comercio local, arruinándolo, condena a éste a desaparecer e impide con ello que los mercados locales sirvan de refugio a los pequeños agricultores o campesinos que se resisten a la “modernización”. De este modo, los pequeños y medianos productores tienen más “incentivos” para convertirse en empresarios competitivos para llevar su producción a las grandes superficies.

H. Campesino y pequeño agricultor no son la misma cosa

No es lo mismo “pequeña producción” que “producción campesina” aunque ambas coincidan en su pequeña escala. La pequeña producción, campesina o “moderna”, no puede competir con la producción y distribución a gran escala, aunque resalte como atributos propios la calidad y la artesanía que le permiten un precio superior. El modelo de alimentación global ejerce sobre la producción campesina una presión cualitativa, destruyendo los fundamentos sobre los que opera: un modo de vida, (producción, consumo, cercanía, territorio, naturaleza, movilidad, valores, mano de obra intensiva, tecnología para las personas y no viceversa) cuya racionalidad no es el beneficio económico, sino la satisfacción de las necesidades de grupos sociales cercanos, considerando el mercado como un medio y no como un fin.

La agricultura capitalista, especialmente en los países occidentales, ha incorporado la agricultura familiar a la lógica industrial proponiendo como única solución a sus dificultades la competencia entre ellos mismos mediante la modernización de la explotación. A pesar de tal transformación, la agricultura familiar, una vez modernizada, sólo permanece haciéndose menos familiar y de mayor escala, recurriendo a créditos, externalizando los trabajos temporales y trasladando los ajustes de las subvenciones y de los precios de sus productos, a las condiciones laborales de sus asalariad@s. Para la economía de mercado es preciso que desaparezca completamente la producción campesina para el autoconsumo. Entre los “éxitos” de la globalización alimentaria está el arrasamiento de la producción campesina en todos los lugares donde mantiene una cierta autonomía respecto al mercado global. La ruina campesina es condición para el desarrollo del mercado global, que se nutre de ex-campesin@s desplazad@s por la violencia competitiva de un mercado controlado por los más fuertes, de personas necesitadas de cualquier empleo y convertidas en nuevas consumidoras, que reclaman alimentos asequibles a sus escasos ingresos.

La pertenencia a la UE y sobre todo la integración a este bloque económico no ha significado la protección de la población campesina y su modo de vida, sino más bien lo contrario. El origen de la construcción europea, tiene como objetivo la eliminación de población campesina y rural para impulsar el desarrollo de la industria y el modelo urbano de asentamiento y de vida.

En otras palabras, modernización y desarrollo económico significa eliminación de activos agrarios, pero también cercenar la cultura rural y la vida en el campo. Que se haya hecho con el convencimiento de que ese es el camino histórico necesario y en los países miembros más antiguos, en paralelo a una fuerte demanda de mano de obra industrial, ha facilitado esta transformación, de otro modo traumático (dejar atrás raíces familiares y culturales, desarraigo, choque cultural y de modo de vida, etc). Si bien, a partir de los ochenta, con el deterioro del Estado de Bienestar y la caída de la caída de las economías planificadas del Este de Europa, las circunstancias no han sido tan fáciles. Las sucesivas incorporaciones de nuevos países en la UE han tensionado los intereses de los miembros más antiguos. Desde dentro, se ha valorado positivamente el crecimiento potencial de la población consumidora y se ha observado con recelo la competencia en la producción. Pero lo que más ha preocupado ha sido el desequilibrio entre los contribuyentes netos al presupuesto común y los perceptores netos del mismo. Es por eso que las ampliaciones han estado marcadas por un periodo transitorio previo (para adaptarse a los compromisos de entrada) y un periodo más o menos largo de transición a partir de la adhesión, en el que se igualan las obligaciones, pero no los derechos. La diferencia ha sido más acusada cuanto menor es la riqueza objetiva de los países candidatos y se agudiza cuando el sector agrario no está suficientemente “modernizado”. En otras palabras, cuando la población activa agraria es alta y sus explotaciones más pequeñas que la media comunitaria. En algunos casos se ha retrasado la adhesión durante años, desde la solicitud hasta la integración (caso de Grecia), lo que no ocurrió con Dinamarca. La adhesión de los países del Este es uno de los procesos de ampliación más críticos que ha tenido la UE. La cuantía de países, (10 de una sola vez, aunque se ha aplazado la incorporación de los más pobres, Bulgaria y Rumania) y la diferencia de riqueza y condiciones productivas, hizo temer por el incremento de las transferencias del presupuesto comunitario, tanto a los contribuyentes netos, como a los principales beneficiarios actuales de las ayudas estructurales³⁵.

I. Otros daños de la globalización alimentaria

En síntesis, los daños del modelo alimentario global son: a) desnutrición, obesidad y enfermedades achacables a la alimentación, es decir, hambre y comida basura; b) medicalización por falta de alimentos o por exceso; c)

³⁵ Las cifras hablan por sí solas. La última ampliación ha añadido un 23% de población (75 millones más de consumidores, frente a los 375 millones de la UE-15), pero en términos de PIB apenas supone el 4,5%. En comparación, la ampliación de España, Portugal y Grecia supuso el 22% de la población y el 10% del PIB. El resultado es que la renta per cápita de la UE se ha reducido un 15%. Al interior de los países candidatos también se producen conflictos y discrepancias sobre las bondades de la integración, no sólo por las condiciones de la negociación, sino también por el balance entre los beneficios de pertenecer a uno de los principales bloques económicos, y las concesiones derivadas de esa pertenencia que no podrán valorarse hasta pasados unos años.

despoblamiento en el campo y hacinamiento en las ciudades; d) desarraigo, emigración, exclusión y nueva esclavitud laboral en países del centro y de la periferia; e) destrucción ecológica, pérdida de suelo fértil y de biodiversidad agrícola, catástrofes “naturales” recurrentes, contaminación de aguas, suelos y atmósfera; f) intoxicación y envenenamiento de especies, enfermedades y trastornos hormonales derivados del uso de pesticidas; g) riesgo de epidemias humanas activadas por la transferencia genética de enfermedades animales (gripe del pollo); h) riesgos de difícil evaluación futura por el uso imparable de OMGs³⁶.

En general, se desconsideran todas aquellas consecuencias que aunque tenga un fuerte impacto sobre la naturaleza y la vida de la gente, su corrección o eliminación redundan en una reducción de la cuenta de resultados, mientras se multiplican las consecuencias, no queridas y no evaluadas, sobre la salud humana, del resto de las especies y del ecosistema, y sus consecuencias hacia el futuro. En abierta oposición a los derechos de la población (campesina o consumidora) a una alimentación suficiente, saludable y nutritiva, a una vida digna en su propia tierra y a su cultura tradicional, este negocio alimentario sólo se preocupa de no interrumpir el ciclo de producción y circulación de las mercancías, para que no cese la producción de plusvalor, subordinando los tiempos de la naturaleza, el patrimonio común biogenético, los procesos ecológicos, el principio de precaución, los derechos humanos (derecho a la vida), y en particular, la seguridad y soberanía alimentarias.

A pesar de sus consecuencias catastróficas, no se pone fin a este modelo porque es el más eficiente para generar beneficios económicos. Las necesidades humanas que no se expresan mediante las reglas y los precios del mercado global desaparecen. Las personas que no tienen medios o solvencia económica para satisfacer sus necesidades más básicas, entre ellas la alimentación y el cuidado de la salud, quedan abandonadas en medio de una inmensa riqueza.

J. Globalización y “alterglobalización” alimentaria, dos caras de la misma moneda

La producción y el consumo de alimentos ecológicos y/o saludables pueden no cuestionar la lógica mercantil de la agricultura industrial. La agroecología y el consumo responsable no es un nicho comercial para las elites económicas del primer mundo. El mercado global, integrador y democrático, asume y explota las contradicciones de esta nueva demanda. Genera productor@s ecológic@s en busca de mercados de consumidor@s ecológic@s solventes y solidari@s. La “ficción” ecoyuppy desemboca en la

³⁶ OMGs: Organismos Modificados Genéticamente.

generalización del consumo ecológico a través de las multinacionales de la alimentación, que acaban suministrando los insumos³⁷ y la tecnología, a unos productores ecológicos cada vez de mayor escala y distribuyendo en circuitos mundiales dichos productos.

Este modelo de producción y consumo, “progre” e individualista, se desentiende del modelo industrial dominante y acepta la coexistencia con químicos y transgénicos y la distribución global como forma “normal” de desarrollo del consumo ecológico. Se olvida de la pobreza y la falta de acceso a los alimentos de la mayor parte de la población, de la desaparición de la agricultura campesina y familiar, causa de las migraciones masivas del campo a la ciudad y de los países pobres a los ricos.

El despliegue de la productividad, la competitividad y la escala productiva se da también en el interior de la producción ecológica. La colonización del mercado mundial por parte de la producción etiquetada como ecológica acabará siendo una mera sustitución de tratamientos químicos por biológicos. La producción certificada como ecológica no contempla criterios de sostenibilidad que deberían incluirse (origen de la materia prima utilizada, consumo de agua, tecnologías culturalmente apropiadas, escala de producción, canales y formas de comercialización, distancia a los mercados), pero tampoco criterios sociales, económicos y culturales que tienen que ver con las formas de explotación de las personas y la naturaleza, con los derechos humanos, la salud y la seguridad alimentaria, con una vida más segura para todas las personas que habitan el planeta y no sólo para los que puedan pagar un precio superior al de los productos de la agricultura industrializada.

En esa nivelación violenta de condiciones de producción, l@s pequeñ@s productor@s ecológic@s tienden a desaparecer por el mismo mecanismo que l@s agricultor@s convencionales de la agricultura química.

Los alimentos producidos bajo estos principios no son ecológicos, aunque se certifiquen como ecológicos. Su mérito al no utilizar químicos queda anulado porque su producción, distribuida y consumida globalmente (consumo de combustibles para su transporte, refrigeración, envases, embalajes, etc. por mencionar solamente elementos netamente ecológicos), no se distingue ni un ápice de los alimentos producidos industrialmente salvo en que no han sido elaborados usando productos químicos.

³⁷ Repetimos la definición de insumos. Son todos los medios necesarios para la producción (energía, maquinaria, herramientas, semillas, fertilizantes, fitosanitarios, etc.) que no están en la propia explotación y por tanto, deben comprarse en el mercado. Aunque en agricultura ecológica, en teoría, uno de sus principios es el aprovechamiento de las condiciones que ofrece la naturaleza y otro, vinculado con el anterior, procurar que la propia explotación mejore sus semillas, proporcione el abono orgánico necesario y elabore sus tratamientos biológicos y así ahorrar costes (lo cual es primordial en la racionalidad ecológica campesina), la agricultura ecológica “moderna” recurre al mercado para comprar insumos y la única condición es que no utilicen productos químicos. En este sentido perpetúa la misma dependencia de las multinacionales que la agricultura industrial.

Apostar por la agricultura ecológica sólo para quien pueda pagarlo, es insuficiente e irracional. La generalización de alimentos ecológicos en base a las grandes cadenas de distribución global es una falsa solución manejada por los que apuestan por “democratizar” la alimentación saludable, olvidando las causas que han originado la agricultura y la alimentación industrial.

El desarrollo de la agricultura y alimentación ecológicas como un nicho de mercado para consumidores con alto poder adquisitivo, en base a las multinacionales de la alimentación e incorporando la lógica del mercado global –competitividad, productividad y escala productiva para abaratamiento de costes- es una falsa solución a los problemas generados por la globalización alimentaria de la agricultura industrial. Esta “solución” cohabita con el problema, beneficiándose de su ventaja comparativa en los segmentos de mercado de alto poder adquisitivo y facilitando la coartada a los gobiernos globalizadores, que aparentan resolver los problemas de inseguridad alimentaria. La alimentación ecológica “alterglobalizada”, se desentiende de los problemas de la seguridad y la soberanía alimentarias y pasa a formar parte de la globalización de la alimentación en manos de las multinacionales. No combate el hambre ni elimina la comida basura, sino que, por el contrario, las necesita para diferenciarse.

La coexistencia con la producción industrial de alimentos y con los transgénicos reduce las posibilidades de zonas libres de contaminación genética y química. Las consecuencias sociales y medioambientales de la producción y distribución de estos falsos “alimentos ecológicos”, facilita su asimilación por la lógica económica globalizada. Admitir la coexistencia de los cultivos transgénicos con los no transgénicos, supone aceptar una contaminación segura y la transferencia de genes resistentes a antibióticos y pesticidas³⁸ desde las semillas transgénicas a otras semillas, plantas y seres vivos. Una vez que se acepta la contaminación como inevitable, se invoca el “principio de precaución” en vano y la normativa se limita a regular dicha contaminación mediante soluciones que forman parte del problema: 1) medidas correctoras que intentan minimizar la contaminación; 2) seguimiento para comprobar fallos, insuficiencia de las medidas correctoras y evolución de la contaminación; 3) suspensión de autorizaciones caso de probarse daños inaceptables o irreparables; y 4) sistema de responsabilidad económica ante daños probados.

El planteamiento dominante actual en el movimiento contra los transgénicos liderado por las ONGs ecologistas y sus socios, a favor de la coexistencia con los cultivos y alimentos transgénicos, se confirma como insuficiente para abordar los problemas de inseguridad alimentaria, por varias razones:

³⁸ El método que se emplea para insertar los nuevos genes en el organismo receptor, utiliza genes de resistencia a antibióticos y a pesticidas para garantizar el éxito de la operación.

1) Está encerrado en la lógica interna de los transgénicos y dedicado a responder puntualmente a cada legalización, cada normativa, cada caso de contaminación, lo que impide enfrentar los problemas de la agricultura y la alimentación buscando una salida estratégica. 2) Señala la contaminación transgénica sobre la agricultura convencional, desvinculándola de la contaminación química de ésta última sobre el medio ambiente y la salud humana, cuyos daños llevan 50 años mostrándose, aunque ocurre como en los transgénicos, a medio y largo plazo y por acumulación. 3) El único argumento de participación esgrimido frente a la imposición de los transgénicos es el “derecho a decidir”.

No podemos enfrentar la problemática de los transgénicos separada de la agricultura química. Mucho menos, pretender el fomento de una agricultura respetuosa, responsable, ecológica y agroecológica, sin afrontar los problemas de una alimentación industrializada. A su vez, la reducción del debate de los transgénicos a la “coexistencia”, nos hará cada vez más impotentes para resolver dichos problemas y reducirá igualmente la defensa de nuestra seguridad alimentaria, presente y futura, a la aportación de pruebas de sus riesgos y daños, de una en una. Para evitar esa impotencia es preciso mostrar los límites de nuestros planteamientos actuales articulando, a la vez, estrategias de fomento de una agricultura y una alimentación agroecológicas y responsables al margen del mercado global, que incluyan la sensibilización y la participación de personas y colectivos para involucrarse en algo más que rechazar los transgénicos.

El viraje de las ONGs ecologistas a partir del verano de 2004, desde una oposición real (Transgénicos no. Moratoria) a una oposición formal (Transgénicos no, no y no. Pero sí, al admitir la finalización de la moratoria y la coexistencia de los alimentos transgénicos con los no transgénicos), es condición necesaria para el avance de las políticas europeas de lanzamiento del sector agroecológico como un nuevo segmento del mercado globalizado, con la desactivación previa de su potencial antiglobalización.

EN DEFENSA DE LA TIERRA Y DE LA SOBERANÍA ALIMENTARIA: CONTRA EL
“LIBRE COMERCIO” DE ALIMENTOS. POR UN CONSUMO RESPONSABLE
AGROECOLÓGICO AUTOGESTIONADO.

Las multinacionales contra l@s campesin@s y l@s consumidor@s

Desde tiempos inmemoriales, l@s campesin@s aplican técnicas de cultivo respetuosas con la fertilidad de la tierra, las especies mejor adaptadas a cada territorio y la lucha biológica contra las plagas. Sin embargo, el campesinado es una “especie en extinción” a manos de empresas



agroalimentarias cuyo producto principal no son los alimentos sanos y nutritivos, sino el beneficio económico.

El desembarco del gran capital en la producción y distribución de alimentos arruina la pequeña y mediana explotación agropecuaria y el pequeño comercio. Producir alimentos sanos respetando la naturaleza es más caro, por unidad de producto, que producir comida basura a gran escala para el mercado mundial. Sin embargo, la producción campesina respetuosa con la salud pública, los derechos sociales y la fertilidad de la tierra, es mucho más eficiente que la producción de alimentos a escala industrial.

La mayoría de los campesinos no pueden sobreponerse a la competencia de las multinacionales alimentarias que venden más barato y manipulan a l@s consumidor@s. Las transnacionales arruinan cada año a millones de ellos, obligándoles a abandonar la tierra de sus antepasados y entregarse a un porvenir de explotación e inseguridad. Este es el origen de los movimientos migratorios del campo a las ciudades.

Desde el punto de vista del consumo, la sustitución de los campesinos por grandes empresas agropecuarias dificulta el acceso de la población a alimentos frescos, cultivados a favor y no en contra de la naturaleza. Salvo una élite culta y con poder adquisitivo capaz de procurarse una alimentación sana, la mayoría de la humanidad – más de cinco mil millones de personas – estamos encuadrados en dos categorías: personas con bajo peso, mala salud y alta mortalidad por la falta de alimentos sanos y suficientes en los países empobrecidos ó personas con sobrepeso y mala salud, por una sobrealimentación enfermante y cargada de tóxicos, en los países ricos.

Una gran parte de la población mundial carece de recursos económicos para disfrutar de una dieta saludable. Sin embargo, muchos de los que disponen de dichos recursos, tampoco lo hacen porque no ven la necesidad de variar sus pautas de alimentación y consumo. Al carecer de cultura alimentaria y de conciencia sobre nuestra responsabilidad como consumidor@s, no sabemos qué es una dieta saludable y no la deseamos, aunque la necesitemos urgentemente. El factor común para el crecimiento de la comida basura y la obesidad, en escenarios sociales y económicos muy diferentes, es doble. Por un lado, la pobreza y la ignorancia y por otro, el poder y la impunidad de las empresas trasnacionales.

Lo que compramos más barato en la gran superficie lo pagamos caro en términos de salud, contaminación, despoblamiento del campo, pobreza, exclusión, inseguridad, migraciones y aumento del poder del capital.

La globalización económica no sólo precariza el empleo, produce pobreza y exclusión, destruye derechos sociales, privatiza la protección del estado,

ataca la salud alimentaria y la salud laboral. También engaña a la población para que compre alimentos enfermantes y, después, con los antidotos contra dichos alimentos, contamina a l@s niñ@s con deseos irracionales inculcándoles hábitos perniciosos y atenta contra la salud pública y el derecho a la vida.

La catástrofe del libre comercio de alimentos

El hambre y la comida basura son las dos caras de la mercantilización y la globalización de los alimentos. La comida basura está unida al hambre como la cara a la cruz de una moneda. Mientras más de ochocientos millones de personas enferman y mueren por hambre, mil trescientos millones de personas enferman y mueren por las enfermedades asociadas al sobrepeso y la obesidad. El aumento simultáneo de estas formas de inseguridad alimentaria es exponente de su origen común.

A. Hambre y Desnutrición

El hambre es la forma que adopta la inseguridad alimentaria en los países empobrecidos. Consiste en una sensación dolorosa producida por el déficit de alimentos y nutrientes esenciales para la salud y la vida humana. La vida orgánica necesita una mínima cantidad de calorías diarias (entre 2500 y 3500). Estas calorías proceden de los alimentos, combustible cuya transformación suministra la energía necesaria para el funcionamiento del organismo. Sin alimentos suficientes hay un déficit de energía y la vida tiende a extinguirse.

Los nutrientes principales son: proteínas, hidratos de carbono, grasas, minerales y vitaminas. Una alimentación saludable y completa debe ser suficiente, pero también variada. La carencia de uno o varios de los nutrientes esenciales es causa de enfermedades e incluso, de la muerte. La falta de proteínas influye en el desarrollo, reduciendo el peso y la talla y haciendo a las personas más vulnerables a las enfermedades infecciosas.

El hambre es la peor de las exclusiones. Degrada la naturaleza humana y deshumaniza a las personas convirtiéndolas en prisioneras de su hambre y reduciendo su salud y su esperanza de vida. La mortalidad infantil de los países empobrecidos multiplica por 10 la de los países ricos. La esperanza de vida de muchos países de África Subsahariana es la mitad que la de los países europeos. Sin embargo, una buena parte de los cereales, grasas y azúcar que consumen los países ricos proviene de países en los que el hambre campea a sus anchas.

En la Edad Media había hambrunas periódicas, pero habitualmente todos comían. Paradójicamente, la modernización capitalista se ha revelado como

el modelo civilizatorio que más hambre produce. El mercado necesita la desigualdad y la pobreza para que la gente se entregue “voluntariamente” a condiciones laborales embrutecedoras y homicidas. El hambre es una gran creadora de fuerza de trabajo forzado por la necesidad.

El “libre comercio” es la causa de la actual subida de precio del arroz, alimento básico para 3.000 millones de personas. Dicho precio superó, a principios de abril de 2008 en el mercado de materias primas de Chicago, los 285 € por tonelada. En los tres primeros meses de 2008 había subido el 50% y en los últimos doce meses el 100%. Muchos inversores que han desinvertido en valores en crisis, hacen negocio con el hambre de los pobres. La disminución de las exportaciones por parte de Vietnam, India y China para atender a sus propias poblaciones, reduce la oferta de arroz en los mercados internacionales y favorece, de la mano de los especuladores, la subida de su precio. Las poblaciones de los países pobres, que destinan a la alimentación el 60% de sus rentas, no pueden comprar comida un 100% más cara.

Nunca ha habido tanta riqueza como en nuestra época, pero tampoco tanta pobreza. Aunque la producción mundial de alimentos crece constantemente, hay 852 millones de personas hambrientas. El hambre y la desnutrición son endémicas en grandes zonas de Asia, África y América Latina. En el mundo, 146 millones de niños y niñas tienen bajo peso por falta de alimentación. Cada año nacen 20 millones de niños con un peso insuficiente debido a la desnutrición de sus madres. Este hecho condicionará su salud (tienen menos defensas ante las enfermedades), su desarrollo físico e intelectual (crecerán menos y tendrán más dificultades para aprender) y su futuro (formarán parte de las capas sociales más pobres, ignorantes y vulnerables).

El libre comercio de alimentos promete una modernización superadora del hambre, la enfermedad y la muerte. Pero, lejos de eliminar estas plagas, las ha elevado a la categoría de inevitables. Todos los años mueren, por causas directamente relacionadas con la desnutrición, 6 millones de niños y niñas menores de cinco años. 17.000 al día, 720 a la hora, 12 por segundo. La mayoría de estas muertes se evitarían con una alimentación adecuada. En nombre de la libertad de empresa, asistimos a una mortandad globalizada y en serie. Un “Auschwitz” nuestro de cada día, pero ahora en nombre de la democracia de mercado.

B. Obesidad y Sobrepeso.

La forma que adquiere la inseguridad alimentaria en los países desarrollados es “la comida basura”. La “comida basura” es el resultado de convertir la comida en una mercancía. Se caracteriza por un abuso de hidratos de carbono, grasas de origen animal y productos químicos contenidos en los alimentos industrializados – dulces, refrescos, aceites y



carnes de baja calidad – distribuidos masivamente a través de grandes superficies, cadenas de supermercados y cadenas de “comida rápida” d e bajo precio.

En EEUU y Europa, desde la pasada década de los ochenta, el sobrepeso y la obesidad aumentan rápidamente debido a la generalización de la comida basura. Las muertes por enfermedades asociadas a este modelo de alimentación (cardiopatías, cáncer, diabetes tipo b y enfermedades circulatorias), crecen más rápido que las causadas por el hambre. Los cambios en la dieta, instigados por las multinacionales alimentarias, se globalizan desde los países ricos al resto del mundo, incluyendo a los países más pobres. Los gobiernos de derechas (globalizadores) y de izquierdas (alterglobalizadores) participan, por acción u omisión, en dichos cambios alimentarios.

Seguridad alimentaria y democracia

Los poderes públicos tienen encomendada la defensa de la seguridad alimentaria de la población. Pero, al confundir democracia con libertad de empresa, están más preocupados por el ciclo económico, es decir, por los rendimientos del capital, que por la salud pública. La democracia de mercado presenta como algo natural la privación de la libertad de comer para unos y la “libertad obligatoria” de comer comida nociva para otros.

Detrás del hambre y la obesidad, la única libertad real es la libertad de empresa. La libertad de elección de la población entre salud (alimentos sanos) y enfermedad (alimentos nocivos), está mediada por la libertad de empresa. El derecho al libre comercio de alimentos tiene más fuerza que los derechos humanos que se invocan en las constituciones de los regímenes parlamentarios de mercado. De aquí se deduce que, sin controlar la libertad de empresa, no tendremos libertad para no morirnos por hambre o por comida basura.

La inseguridad alimentaria es la contraparte de la inseguridad política, laboral, social y psicológica que produce la economía global. El capitalismo es el culpable de la inseguridad alimentaria. La economía de mercado, no puede ni quiere, solucionar el problema del hambre porque el hambre de los hambrientos, al no expresarse como “demanda solvente”, no moviliza las inversiones de capital y no favorece el crecimiento económico. En la democracia de mercado, la política no puede gobernar a favor de la gente y en contra de la economía. Por lo tanto, la pobreza y el hambre, al no ser objeto de la política ni de la economía, se gestionan mediante la compasión y la policía.

La utilidad económica y política del hambre se expresa con claridad en las multitudes de desheredados que, espoleados por la necesidad y tras viajes de terror, se entregan “voluntariamente” a condiciones extremas de explotación. Los abusos sobre estos parias sin derechos ni libertades explican, tanto la pujanza de nuestra economía como la calidad de nuestra democracia. La “libertad de empresa” priva de salud, alimentos sanos y seguridad a la mayoría de la gente. Para la mayor parte de la humanidad, la libertad de empresa es incompatible con la libertad de las personas y de los pueblos. No habrá democracia ni respeto a los derechos humanos sin privar a las multinacionales de su libertad para someter a las personas, los pueblos y las instituciones. Neutralizando a los mil mayores especuladores, se salvarían millones de vidas inocentes, se acabaría con el 90% de la violencia en el mundo y se sentarían las bases para una convivencia pacífica, justa y democrática. Pero antes, los hambrientos y obesos deberían desearlo. Esa es la tarea de la izquierda.

Globalización, “alterglobalización” y lucha contra el hambre

La “lucha contra el hambre” de los gobiernos y su cohorte de ONGs, está determinada de antemano por las corporaciones que controlan la producción y el comercio mundial de alimentos. Multinacionales e instituciones del capitalismo internacional subordinan a sus intereses económicos las necesidades de la gente y el agotamiento de los recursos naturales. Los políticos hacen su política desde el respeto a dichos intereses y miran hacia otro lado ante sus constantes atentados contra la salud pública y las leyes.

La producción de alimentos para el mercado mundial impide que los pueblos y las naciones decidan su propia política alimentaria y ejerzan su derecho a producir y consumir sus propios alimentos. Con libre comercio global no puede haber soberanía alimentaria. El simulacro de “lucha contra el hambre” de globalizadores y alterglobalizadores solo sirve para fortalecer el mecanismo productor de hambre y para crear nuevas formas de inseguridad alimentaria. La producción industrial de mercancías alimentarias impone monocultivos para el mercado internacional, desarraiga y abandona a su suerte a millones de campesinos, elimina nutrientes e incorpora tóxicos y transgénicos a la comida. Este es el origen común del hambre, la obesidad y las amenazas ecológicas, alimentarias y sociales. Los alterglobalizadores montan sus circos sociales mundiales financiados y hermanados con los políticos e intelectuales culpables de la inseguridad alimentaria.

Crisis de los cuidados e inseguridad alimentaria

La irrupción de la mujer en el mercado de trabajo, como forma envenenada de “liberación”, junto a la prolongación de la jornada laboral y el pluriempleo, están en la base de la crisis de los cuidados. Una dimensión de esta crisis es la dificultad para procurarse una alimentación saludable. En los países desarrollados, la comida industrializada y globalizada aparece como una solución a este problema. Detrás de esta solución están las multinacionales ganando dinero con la degradación de las condiciones de vida de la gente trabajadora. Las mujeres entran en la esfera pública a través del mercado de trabajo basura sin salir, en la esfera privada del hogar, de la casi exclusividad en el trabajo de cuidados.

Las campañas de adoctrinamiento publicitario de los científicos, publicistas y periodistas a sueldo, obligan a la gente a elegir la dieta industrializada “moderna” frente a los hábitos alimentarios “arcaicos”. La combinación del libertinaje de las multinacionales y la precarización del trabajo convertido, al igual que los alimentos, en una mercancía, produce una triple crisis: del empleo, de los cuidados y de la seguridad alimentaria. El despojo de los países más débiles por los más desarrollados produce la movilización mundial de fuerza de trabajo. Las mujeres de los países empobrecidos cuidan a nuestr@s niñ@s y a nuestr@s viej@s, dejando a sus hijos en su país.

La democracia del consumidor: un proyecto totalitario

El consumismo irresponsable es la contrapartida de la gran producción para los mercados mundiales. Frente a él, la austeridad y el control del consumo superfluo aparecen como algo arcaico y miserable. Sin embargo, dicho consumismo está lejos de ser algo natural. Por el contrario, es el resultado de una violencia simbólica continuada. La publicidad desvía nuestras necesidades reprimidas asociando su satisfacción a las mercancías que promociona de forma repetitiva. Con una colonia consigues ligar mejor. Con un coche te conviertes en un triunfador. Marcándote con una marca, como si fueras una res, eres importante. Tras la apariencia democrática de la “libre elección”, los deseos de los sujetos se producen mediante procedimientos coactivos. El adoctrinamiento de masas, la reducción de las opciones personales y la manipulación de los estados de necesidad artificialmente creados, explican la inmensa mayoría de nuestros deseos y nuestros actos.

Las imágenes televisivas se suceden a una velocidad incompatible con el pensamiento racional. El mensaje publicitario impide el razonamiento sobre el que se sustenta la libertad de elección. El “consumidor libre” es un ser coaccionado y programado, una persona deseante, escindida e infantilizada, que basa su bienestar en la posesión de objetos y su seguridad en el dinero. Esta confusión le convierte en un perpetuo fracasado porque la

seguridad depende del respeto que yo tenga a l@s otr@s y del que, recíprocamente, los otros me tengan a mí. La seguridad solo puede ser colectiva, nunca individual y no depende de tener cosas, sino del apoyo mutuo y de las relaciones cooperativas entre las personas. El consumidor irracional, espoleado por sus fracasos, necesita saltar de un objeto de deseo a otro en una eterna huida hacia delante. “Yo no soy tonto... Pero soy un consumista compulsivo, ignorante, solitario, oportunista y lleno de miedo.

Los poderes públicos toleran que la publicidad inserte en la psicología de las personas, desde su más tierna infancia, un consumismo compulsivo. Estos comportamientos totalitarios se perpetran, cada día, en nombre de la democracia y la libertad de mercado.

La crítica de los “alterglobalizadores” no asume la unidad de la producción y el consumo. Un modelo de producción capitalista no sería viable fuera de una sociedad capitalista. En una sociedad de mercado, el consumo, los deseos y los valores se hacen funcionales a la economía de mercado. Existe una dependencia recíproca entre la globalización capitalista y la generalización del consumismo compulsivo. No es viable una producción capitalista sin un consumo capitalista al igual que, tampoco lo es una economía que garantice las necesidades básicas de todos sin una educación popular en la austeridad.

La crítica de los alterglobalizadores al “consumismo”, transmite un mensaje equívoco: “El consumidor consciente puede cambiar la sociedad con su poder de compra”. Esta afirmación asegura que, sin más que modificar algunas de nuestras opciones de consumo, podemos arruinar a las empresas depredadoras y engrandecer a las que cumplen con su responsabilidad social y medioambiental.

Nada más alejado de la realidad. La eficiencia social y medioambiental es incompatible con la eficiencia económica que persiguen las empresas en una economía de mercado. Tras su apariencia alternativa, esta receta comparte el paradigma neoliberal de “la democracia del consumidor”: “La decisión del consumidor es capaz de premiar a las empresas eficientes y castigar a las que no lo son”. “Los consumidores nos votan cada día comprándonos”. Las alusiones al “poder de los consumidores” son un halago al narcisismo del consumidor enajenado. Algo parecido a calificar como “tolerancia” a la simple “indiferencia” o como “madurez ciudadana” al comportamiento político de las mayorías silenciosas, adoctrinadas y obedientes. Halagar al enajenado contribuye a profundizar su enajenación.

El sindicalismo mayoritario no se preocupa por el trabajo productor de alimentos enfermantes a pesar de que, l@s trabajador@s, son víctimas de la comida basura que producen y de las enfermedades y accidentes laborales.

Pero, por otro lado, también son colaboradores en la producción de la comida nociva y su secuela de enfermedades alimentarias y muertes.

Los sindicatos y los ecologistas “alterglobalizadores”, cada vez más coordinados, separan el momento de la producción y el momento del consumo. Al igual que sucede con la producción de armas, los sindicatos del régimen ni se plantean el problema de la producción de alimentos peligrosos, contaminantes o transgénicos. Solo se preocupan de que todos estemos trabajando para el capital. Paralelamente, los ecologistas del régimen consideran una ordinariéz preocuparse por las enfermedades laborales y la mortalidad en el puesto de trabajo. Proponen medidas en defensa de los recursos naturales, el ahorro de energía y las especies amenazadas, haciendo caso omiso de la más amenazada de todas: l@s campesin@s y l@s trabajador@s de la agricultura, pero también los de la industria y los servicios. Esta amnesia tiene una explicación: para defender a los campesinos y l@s trabajador@s conjuntamente, tienen que enfrentarse con quienes les dan las subvenciones.

Algunos problemas para el avance del consumo responsable

El dogmatismo obrerista y productivista otorga a la condición de asalariado una milagrosa conciencia revolucionaria y desconsidera las reivindicaciones transversales (alimentación, género, ecologismo, identidad nacional, etc.) como si estas reivindicaciones no constituyeran la trama cotidiana de la clase obrera. Ambos prejuicios explican el absentismo de dicha izquierda en la construcción de una subjetividad antagonista en múltiples aspectos de la vida cotidiana de la gente trabajadora. El PSOE y su entorno acaban administrando estos vacíos mediante una “alterglobalización” disfrazada de democrática y plural, dirigida por sus dobles militantes en el ecologismo, el troskismo, el comunismo, los intelectuales, las ONGs, las redes cristianas y el anarcosindicalismo.

La crítica antidesarrollista y antitecnológica que, desde terrenos libertarios y a veces de forma muy solvente, rompe con el “socialismo de la opulencia” y la “democracia del consumidor”, opina mucho pero aparece poco en las redes sociales donde los ecologistas socialdemócratas practican la limpieza étnica de colectivos refractarios a la “unidad de la izquierda”.

El Consumo Responsable y la Agroecología necesitan crecer desde abajo y con fuerza propia. Esto supone dedicación, conciencia, autonomía y cooperación. La construcción de lazos entre productor@s y consumidor@s se produce en un contexto social donde, tras palabras de izquierda se oculta frecuentemente la misma mezquindad y cálculo mercantil atribuidos a la derecha. Es cierto que el crecimiento desde la autonomía es difícil y está lleno de problemas, pero no es menos cierto que los atajos son un viaje a

ninguna parte. Un lenguaje postmoderno y “autogestionario”, oculta a menudo la pusilanimidad, el oportunismo y los favores de las instituciones. Es decir, “la política” en su forma degradada de los regímenes parlamentarios de mercado. Estas actitudes, potenciadas por las agencias socialdemócratas en los MMSS, prenden fácilmente en los sectores más inmaduros, individualistas y “comeflores” del movimiento juvenil. Con ello, las estructuras de encuadramiento juvenil se convierten en maquinarias de leal y festiva oposición democrática a los crímenes de la economía de mercado y de la política de mercado.

El papel de “gozne” entre el PSOE y los movimientos sociales, lo ejecutan personajes procedentes del radicalismo. Sin este papel no se puede entender la calamitosa situación de dependencia política y cada vez más, también económica, de los MMSS respecto a la izquierda capitalista. Estas “alianzas” promueven el ascenso de lo insignificante y naturalizan la falta de firmeza, cohesión y verdad en los MMSS. Este entramado de burócratas, doctorandos, generales sin tropa, chiringuitos y departamentos “sociales” del PSOE, convertidos en un fin en sí mismos, se felicitan por la unidad conseguida. En eso tienen razón porque, en plena demolición del estado de bienestar, muchos de ellos consiguen llegar al bienestar del estado. Pero, en términos sociales, exceptuando la promoción personal de algunos espabilados, de esta unidad no se deriva absolutamente nada en términos de seguridad alimentaria y de modificación de las pautas de consumo, alimentación y movilidad del conjunto de la población.

Los “atajos” permiten a estos personajes mantener el lenguaje de la autogestión cuando, en realidad, ya están en la subvención y el “tráfico de influencias” (en su dimensión, salvo casos aislados, de pincho de morcilla). Con las subvenciones económicas, políticas y mediáticas, la periferia del poder les usa como auto oposición y como “esquirols” ante cualquier intento de organización social autónoma respecto del PSOE, a la que califican de “sectaria”. Estos atajos suponen un éxito de muerte, es decir, morir de éxito, perder la dimensión colectiva de un@ mism@. A pesar de ser los paladines del pluralismo, una vez “modernizados”, estos personajes practican la calumnia y el acoso y derribo sobre los colectivos que no se han arrepentido³⁹.

En los últimos años, la dinámica de “éxitos de muerte” y de “atajos”, ha supuesto una nueva transición política. Jóvenes radicales han pasado, sin solución de continuidad y a veces, sin cambiar de lenguaje, de “los ricos están ricos, cómetelos” al entramado de las ONGs, los departamentos juveniles de las diversas administraciones del estado, la promoción en la Universidad y las facilidades para levantar empresas ideológicas cuyo éxito no se apoya en el movimiento anticapitalista del que se reclaman

³⁹ “Los daños colaterales de la unidad de la izquierda”.
www.nodo50.org/caes/articulo.php?p=410&more=1&c=1

“mediadores”, sino en la ayuda, más o menos encubierta, de las redes y agencias de la izquierda capitalista que canalizan “políticamente” los apoyos y los recursos. Estamos ante una versión menor, postmoderna y juvenil, de lo que pasó con la entrada de la izquierda en el estado – y viceversa – durante la transición política española (1975 – 1979).

La dimensión política e ideológica del consumo responsable

Los colectivos comprometidos con la agroecología y el consumo responsable, defendemos nuestro derecho a producir y consumir alimentos sanos y suficientes. Pero también nos planteamos la extensión social de nuestra actividad como respuesta a la inseguridad alimentaria que genera la globalización. Dicha extensión se enfrenta con la tarea de transformar las formas de producir y consumir alimentos. Esta transformación afecta a deseos y valores de la población colonizados por el afán de lucro y el consumismo. Acometer este reto requiere la proliferación de iniciativas urbanas y rurales basadas en relaciones directas entre consumidores responsables organizados en las ciudades y productor@s agroecológicos, también organizados, en el campo. Este proyecto, que contiene una gran carga ideológica, exige la máxima autonomía frente al mercado y el estado. En particular, respecto a la socialdemocracia que, con su lenguaje de izquierdas y sus “apoyos” corruptores, pervierte todo lo que toca (y se deja pervertir).

Es después de que existan redes fuertes y no antes, cuando viene la unidad de acción de las redes de consumo responsable con el PSOE y su peligrosísimo entramado clientelar y con los gobiernos de derechas o de izquierdas y sus subvenciones “políticas”. De aquí se deriva que la agroecología y el consumo responsable no pueden prosperar como un departamento de cualquiera de las grandes ONGs ecologistas implicadas en “la unidad de la izquierda” y enfeudadas por los recursos y apoyos de las instituciones del estado. Cualquier propuesta “reformista” que acepte el libre comercio de alimentos, la globalización y la competitividad, grabadas en la frente de la ideología socialdemócrata, es irracional y está condenada de antemano. Frente al hambre y la comida basura, las únicas reformas verdaderas en la producción, distribución y consumo de alimentos, serán el resultado de una oposición anticapitalista asumida con firmeza desde organizaciones de agricultores coordinadas con organizaciones de consumidores.

Por un consumo responsable agroecológico autogestionado

Necesitamos organizarnos como víctimas de la globalización alimentaria y ejercitar el legítimo derecho de tod@s y cada un@ de nosotr@s a una

alimentación sana. Sin esta acción directa no es posible hacer nada. Pero esta acción, aunque necesaria, no es suficiente. Un consumo responsable agroecológico debe responsabilizarse también de otras cosas. No podemos desconocer la dimensión social, ética, ecológica e internacional que contienen los modos de alimentación implantados en nuestros propios deseos por la violencia publicitaria.

La elaboración de una cultura alimentaria y su difusión social es el punto de partida de cualquier cambio democrático y participativo en el terreno de la alimentación. Simultáneamente, necesitamos establecer el diálogo y la cooperación entre campesinos agroecológicos y redes de consumidores responsables, cerrando la brecha que el capitalismo produce entre el campo y la ciudad. La necesidad de alimentos de calidad para los consumidores agroecológicos no puede contraponerse a la necesidad de precios justos para los agricultores responsables. No hay desarrollo posible del consumo responsable sin un desarrollo simultáneo de la producción agroecológica. A su vez, si la producción agroecológica no cuenta con la complicidad y el respeto mutuo de las redes de consumidores, es inviable o presa fácil de la gran distribución y de la hipoteca de las subvenciones.

El consumo responsable agroecológico debe cuidar su propia autonomía respecto a los poderes económicos, políticos y culturales causantes de la inseguridad alimentaria. Es preciso defender este principio, aunque los culpables de la inseguridad alimentaria sean los mismos que dan los apoyos, los empleos y las subvenciones. En la relación de la izquierda con el Estado, esta encrucijada no es nueva. En ausencia de una fuerte movilización ciudadana, no son los movimientos sociales quienes entran en el Estado, sino el Estado quien entra en los movimientos sociales, sometiéndolos al poder económico y político.

Compartimos la necesidad de espacios de coordinación local, a pesar de la escasa influencia social del consumo responsable agroecológico. Las estructuras de representación pueden ser necesarias para conseguir el apoyo de la administración. Sin embargo, el precio no debe ser la autonomía y la fuerza social propia. La coordinación horizontal de proyectos autónomos es la condición para la influencia social y ésta, lo es a su vez para avanzar en la educación alimentaria de la población. La educación alimentaria de la población exige conocer las causas de la inseguridad alimentaria. Esto supone clarificar la identidad económica y política de sus causantes y la necesidad de enfrentarse con ellos. El conocimiento de los problemas es la condición para la libertad de elección de la gente. La experiencia participativa de los consumidores responsables, organizada en multitud de proyectos confederados y en alianza con campesinos agroecológicos organizados, es la única fuente de poder social frente a las imposiciones y los manejos del estado y del mercado.

Más que una estructura organizativa fuerte necesitamos un movimiento fuerte que recoja y exprese, de forma unificada y con respeto de las diversas identidades, las necesidades de millones de consumidores y de miles de agricultores. Dicho respeto interpela a las prácticas excluyentes que, sobre todo en el terreno de los transgénicos, se han producido desde la victoria electoral del PSOE en III'04⁴⁰.

La alimentación es un derecho humano fundamental. Sin embargo, las autoridades políticas permiten que esté en manos de multinacionales y grandes superficies cuyo único objetivo es ganar cuanto más dinero mejor. El resultado de este secuestro es desolador: muerte y enfermedades por desnutrición en los países empobrecidos, pero también muerte y enfermedades por comida basura en los países ricos.

La mercantilización de los alimentos coloca la salud pública bajo el control de grandes corporaciones privadas. La agricultura industrial convencional no produce alimentos sanos y suficientes para tod@s sino mercancías alimentarias para el mercado mundial cuya distribución está controlada por grandes superficies, redes de supermercados y restaurantes de comida basura multinacionales. Estas corporaciones extorsionan a l@s pequeñ@s agricultor@s, imponen condiciones inhumanas a l@s trabajador@s de las explotaciones agrícolas e industrias de transformación, contaminan el agua, la tierra y el aire, destruyen el pequeño comercio tradicional y atentan contra la salud de tod@s, poniendo firmes a los poderes públicos.

Posteriormente venden, a quien pueda pagarlo, el antídoto para los venenos que contiene su comida: productos enriquecidos con calcio, vitaminas, isoflavonas, ácidos grasos omega 3, fibra, etc. A pesar de que las enfermedades de origen alimentario no se solucionan comprando remedios milagrosos a las mismas multinacionales y en las mismas grandes superficies que nos han enfermado, muchos caemos en la trampa. Por eso necesitamos quebrar la cadena de la inseguridad alimentaria donde realmente podemos hacerlo, en nuestros modos de consumo que, a su vez, dependen de nuestra (in)cultura alimentaria y nutricional, base de nuestra vulnerabilidad frente a la manipulación publicitaria.

⁴⁰ Al aceptar, tras la llegada del PSOE al gobierno en III'04 el abandono de la moratoria y la negociación sobre una ley de (imposible) coexistencia entre cultivos transgénicos y no transgénicos. Ver: www.ecoportat.net/content/view/full/61553